EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

3 PTAS

LA BAHIA DE LOS TIBURONES

ARNALDO VISCONTI

La bahia de los tiburones

Colección El Pirata Negro n.° 08

Primera edición
1946

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA - Mora de Ebro, 92 y 94
BARCELONA


LA BAHIA de los TIBURONES

PRÓLOGO

En las postrimerías del año 1685, el capitán Desmarets, que en compañía de los piratas Picard y Assolant participó con el capitán inglés Morgan, jefe supremo de los filibusteros, en la toma de la ciudad de Panamá, entonces posesión española, señaló a su piloto que hiciera rumbo hacia una bahía que se avistaba en la lontananza de la baja costa del Yucatán mejicano.

El capitán Desmarets estimó que la amplia bahía acogedora le serviría de momentáneo refugio y de seguro cobijo para la “carga” que necesitaba ocultar.

La playa se extendía abierta y franca, sin vegetación tupida que permitiera emboscadas ni montes traidores donde los salvajes indios aztecas que no quisieron doblegarse al yugo español pudieran mantenerse al acecho.

Sólo había una colina casi puntiaguda en su remate y totalmente desprovista de arboleda. Era lisa y brillaban al sol los cantos de las planas piedras calcáreas que cubrían sus laderas.

A la medianoche, el capitán Desmarets, acompañado sólo por su fiel piloto, efectuó cinco viajes desde su goleta a tierra. Las cinco veces en la lancha un gran cofre se encajaba entre el piloto remando y el capitán Desmarets meditativo.

Toda la tripulación permaneció a bordo, bajo la severa consigna dada por el capitán Desmarets. De la nocturna excursión a tierra sólo el piloto que acompañaba al capitán supo los verdaderos motivos, cuando, tras la colina puntiaguda y ocultos totalmente a la vista de los que a bordo quedaban cinco cofres fueron enterrados cinco pies bajo el suelo, en el interior de una pequeña gruta. Cuando el piloto terminó de aplanar la hoya ya cubierta de tierra donde quedaban depositados los cofres, el capitán Desmarets, tras

él, limitóse a descender el puño armado con un puñal que acababa de desenvainar. El piloto, con la nuca atravesada, se abatió con sordo gemido contra el suelo, soltando la pala.

El capitán Desmarets cogió la pala y a dos metros de la reciente tierra removida fué abriendo una profunda zanja, en cuyo interior colocó el cadáver del piloto. Sentóse junto a él en el hoyo, y a la luz de la antorcha empotrada en el muro liso de la caverna extrajo de su faltriquera el botellín taponado de tinta y una larga pluma de ave.

—Debo pensar en mi hijo—musitó en voz alta—. Escribiré la relación de todo lo sucedido, y mañana al amanecer, tan pronto zarpemos, enviaré por tierra a Riquet para que coja otro barco más seguro y lleve mi relación a mi hijo, por si algo me sucediera.

Y paternalmente fué escribiendo el capitán Desmarets en un pliego de crujiente papel:

“Bahía de los Tiburones, en diciembre del año de gracia de 1685.

”Llamo así a la bahía en que estoy, hijo mío, porque sus aguas tranquilas están continuamente surcadas por aletas de estos escualos. Pero nada son comparados con los verdaderos tiburones que son llamados hombres. Ante mí tengo mucho tiempo… y el cadáver de mi fiel piloto, al que he tenido que matar para evitarle la indigna vileza de que algún día pudiera traicionarme hablando de lo que acaba de ser testigo.

”Morgan, el gran Morgan, pactó alianza conmigo, con Picard y Assolant. Juntos y en buena unión atacamos la española posesión de Panamá. Cuando la plaza de Panamá terminó de arder, Morgan ordenó que se procediera a la evaluación del botín para proceder a una partición equitativa.

”Yo desconfiaba porque tenía costumbre en semejantes casos de atribuirse para él y sus hombres la parte del león. Por esto, de acuerdo con los capitanes Picard y Assolant, exigimos que se hiciera un balance minucioso de las riquezas conquistadas. Para hacerlo se reunieron nuestros hombres y los suyos, se les registró las ropas y sus cofres, y se les descargaron los mosquetones porque es en ellos una estratagema corriente esconder bajo las cargas las piedras y perlas.

”Para no cargarnos más que con valores canjeables se calcinaron

las telas y encajes a fin de sacar de sus bordados el oro y la plata que las recargaban, y la vajilla de metal precioso se rompió y fundió para que ocupara menos sitio. El todo a la espera de la evaluación a que debían agregarse, el rescate de los cautivos fué encerrado en las bodegas de uno de los navíos españoles conquistados, el que, anclado en la rada, fué colocado bajo la custodia de una guarnición colectiva elegida entre la tropa de los diferentes asociados.

”Te cuento todo detalladamente, hijo mío, porque algún día serás un bravo marino audaz, y quiero que de mis experiencias recojas el fruto. Debes desconfiar de todo hombre, mejor dicho aún, desconfía de todo ser humano. Sigue leyendo y lo comprobarás.

”Pensábamos haber asegurado así la equidad del reparto ulterior, pero eso era contar sin la astucia de Morgan. Nuestro estupor fué grande al día siguiente cuando el sol iluminó la rada. De los cinco navíos españoles capturados, cuatro quedaban y sus mástiles habían sido aserrados a ras de la cubierta. En cuanto al que contenía en su interior todo el botín de nuestra conquista no quedaba ni rastro de él.

”Aprovechando la orgía que había reinado en la ciudad, se había hecho a la mar, despojándonos de todos nuestros bienes, y los cuerpos de aquellos hombres nuestros que aseguraban su guarda fueron hallados, flotando, degollados. Se les recogió del agua a causa de las sortijas que llevaban puestas.

”La ira de Morgan fué igual a la nuestra. Según él, algunos cautivos evadidos se habían apoderado del barco a favor de las tinieblas, habían degollado a la guarnición, habían puesto a los otros barcos en la imposibilidad de perseguirlo y se habían hecho a la vela actualmente para los puertos españoles. Y para penetrarnos más de su convicción, ordenó que, como represalia, se matara a algunos cautivos de baja clase, cuyo rescate no valdría la pena. Así se hizo.

”Sin embargo, una duda subsistía en mi espíritu. Yo había notado, por una parte, que el humor de Morgan, una vez cumplida su orden, había recuperado una gran desenvoltura, mayor de la que correspondía a aquel golpe adverso de la suerte. Por otra parte, no reconocí entre los cadáveres de la guarnición hallados a ninguno de los satélites de Morgan.

”Conociendo a nuestro jefe, no se necesitaba más para establecer

mi convicción de que había algo turbio en eso y que el barco ladrón había abandonado el puerto por orden suya, para transportar a quién sabe qué sitio conocido por él, ignorado de nosotros, el fruto de su rapiña.

”Resuelto a chasquear su infernal maquinación y a pescarlo con sus propias redes, resolví fingir para conseguir la realización de mi designio. Le propuse ponerme con mis hombres en persecución del fugitivo y traerlo. Morgan me llenó de simpatía por la expedición proyectada, pero en seguida recordó con desolación que los barcos de nuestra flota habían quedado anclados en la rada de Chagras, al otro lado del istmo, y que se necesitaría largas semanas antes de que uno de ellos pudiera venir al Pacífico.

”Esperaba al traidor en este rasgo y preparé mis baterías, tomando pie en su argumento para proponer poner en condiciones, aprovechando lo que fuera necesario de los otros buques desmantelados, al más pequeño de ellos, una nave llamada “Amaranto”, cuya fina línea y estrecha carena habían llamado mi atención, pues poseía trazada para cortar bien el mar.

”Morgan acogió el proyecto con ceño preocupado. Hizo mil objeciones, y por fin accedió, cuando le hube comunicado que me eran necesarios por lo menos tres días para que la nave estuviera en condiciones seguras de hacerse a la vela. Con lo cual me dejó libre de toda sujeción, expresando los votos que formaba para mi éxito.

”El pérfido fundaba su seguridad en la esperanza de que en tres días el “Salvación” (que era el nombre del buque evadido) habría aprovechado este plazo para alcanzar un asilo seguro. Así, pues, ¡cuál no sería su sorpresa cuando, al día siguiente, se enteró de que el “Amaranto” había salido al alba completamente arreglado y en persecución del ladrón! Yo, durante la noche, había puesto a todos mis hombres a la obra, y la esperanza del botín había duplicado su esfuerzo. Habiendo usado de aquella estratagema, ahora tenía que descubrir al ladrón, ganarlo en velocidad y capturarlo, fundando mi seguridad en la forma estrecha de la nave y en el valor de mi tripulación.

”Estudiando las cartas marinas con ayuda de mi fiel piloto (que en paz repose), llegamos a la convicción de que solamente la dirección del Sur podía tomarse en consideración, porque el “Salvación” no tenía ningún interés en singlar hacia el Norte, por

donde cruzaban los buques de Su Majestad Católica Carlos II, Rey de España y de Nápoles, los que habrían considerado piadoso deber el dar a su tripulación una situación de acuerdo con sus méritos en lo alto de las altas vergas de sus sobrejuanetes.

”En consecuencia, pusimos la proa sobre el sudoeste, confiando a la fortuna el cuidado de favorecer nuestro proyecto. Y no nos defraudó. Desde el alba de nuestro segundo día de navegación cruzamos un barco que venía de pescar tortugas en las islas del mismo nombre, y cuyo capitán, a cambio de algunas botellas de Malvasía, nos indicó que había cruzado con el “Salvación” la víspera misma, a la caída de la tarde, y que en aquel momento el barco llevaba rumbo sudoeste, con débil brisa y mar en calma.

”Confiados en la velocidad de nuestro navío, izamos todas las velas y pusimos proa al punto indicado. Tuvimos la suerte de alcanzar al felón al tercer día, un poco después del mediodía. Así que se hubo dado cuenta de nuestra intención se preparó a combatirla, pero además de que el tonelaje con el que iba cargado hacía más pesada su marcha y estorbaba su maniobra, sabía que, no teniendo ninguna coronada, su mosquetería quedaba indefensa contra el efecto de nuestros cañones. El combate en estas condiciones quedó reducido a lo que debía ser y el resultado conforme a mis deseos. Después de maniobrar para tomarlo de lado, hice apuntar al velamen y disparar las balas enramadas, cuidando de no dañar sus obras vivas. Pocos instantes después lanzábamos nuestros garfios en lo que quedaba de sus vergas y redujimos a merced a sus ocupantes, cuyos sobrevivientes, para ejemplo, fueron ahorcados.

”Entonces, habiendo transferido su cargamento a nuestra bodega, echamos a pique el “Salvación”, que se hundió rápidamente. Coronada así plenamente de éxito mi expedición, deliberé sobre los medios más propicios de sustraerme a sus consecuencias. Me pareció esencial que Morgan ignorase por completo esta hazaña, porque ningún lugar del mundo, por ignorado que fuera, me hubiera puesto a cubierto de su violencia.

”Seleccioné los mejores bocados, rellenando con ellos cinco cofres; el resto lo repartí entre mis hombres, que de esta hecha han quedado convertidos en hombres riquísimos, pero les he aconsejado que mañana, en otra costa, entierren sus tesoros particulares, así

como yo acabo de enterrar el mío, porque hemos de volver a Panamá, donde confesaré a Morgan mi desesperación ante la inutilidad de mis investigaciones. Es cosa que presenta la ventaja de permitirme cobrar mi parte sobre los rescates de los cautivos españoles y quedar muy amigo de Morgan. Después de lo cual, terminadas las operaciones, podría sin dejar sospechas, separarme de la piratería y volver en busca del fruto de mi trabajo.

”Hechas todas estas consideraciones, y por si algo me sucediera, ya que este mundo rebosa de traidores y malvados, escribo estas líneas para ponerte en antecedentes. El fiel Riquet te las llevará, y, aunque no sabe leer y me es fielísimo, mátalo para que siga siempre siéndonos fiel. Si yo tardase más de un año en regresar a mi dulce Francia, ven a recoger mi fortuna. Acaba de ser enterrada de modo que quede al abrigo de las injurias del tiempo, y voy a dibujarte la exacta posición de esta caverna, así como cuanto rodea esta acogedora bahía desierta.”

Por espacio de unos minutos el capitán Desmarets estuvo trazando un croquis detallado. Echó polvos de ceniza encima de todo lo escrito, y, doblando en cuatro pliegues la gran hoja de pergamino, escrita por los dos lados, introdujo el todo en un tubo de latón, que taponó aplicando sobre el corcho la llama de una vela, que fué destilando su cera hasta cubrir enteramente el corcho-tapón.

Después de colocarse el tubo de latón en el retículo de mallas de plata que colgaba de su cuello, el capitán Desmarets se levantó, frotándose las manos. Miró al piloto y destocóse ante el cadáver.

—Es triste, querido amigo mío que fuiste, que las grandes misiones requieran muchas víctimas. Pero todo ha quedado zanjado satisfactoriamente.

Y al tirar la primera palada de tierra en la zanja donde yacía el piloto, sonreía Desmarets con expresión de profundo contento. Su sonrisa se trocó en infinita mueca de estupor cuando, como si surgieran de la misma tierra, varios indios aztecas, silenciosos y ceñudos, abalanzáronse encima de él con tal celeridad, que el cráneo del capitán Desmarets, al ser hendido por repetidos hachazos, impidióle pensar por dónde hablan aparecido aquellos repentinos agresores inesperados.

André Desmarets cayó en la fosa abierta por él mismo, junto al

cadáver de su piloto. Uno de los aztecas, con gesto despreciativo, señaló a los demás la tierra removida junto a la hoya, y, obedeciendo a la muda orden, los demás aztecas empujaron la tierra al interior de la zanja, hasta que los cadáveres de Desmarets y su piloto quedaron cubiertos.

Salieron todos al exterior y sus figuras se recortaron poco después en la playa contra el fondo de la colina puntiaguda elevándose en la obscuridad de la noche.

El "Amaranto", atacado inesperadamente por una inmensa masa de lanchas planas repletas de aztecas ululantes, era ya pasto de las llamas, y todos sus tripulantes eran rematados a hachazos y lanzadas.

Poco después los tiburones aleteaban por entre los remolinos del "Amaranto" al hundirse...

Y tan silenciosa y misteriosamente como habían venido se fueron los aztecas, desapareciendo tras la colina puntiaguda...

Y desde el mar sólo podía verse, al titilar de las estrellas, una extensa llanura sin vegetación ni señal alguna de vida humana. Tan sólo la erecta colina roquiza y la ancha bahía acogedora, donde las aletas de los tiburones trazaban surcos espumosos en el agua tranquila.

Capítulo Primero

Noches de Veracruz

La noche del 13 de octubre del año 1699, una goleta mercante francesa arribó al puerto de Veracruz y las autoridades españolas le dieron toda clase de facilidades para que se surtiera y aprovisionara de cuanto necesitase.

Sólo dos pasajeros desembarcaron cuando ya la goleta se aprestaba a hacerse nuevamente a la mar. Eran dos jóvenes caballeros, vestidos a la usanza mosquetera, y por su buen porte y gentiles modales acreditaban buena cuna o buena bolsa.

El capitán de infantería español a cuyo cargo corría el examen de la documentación de cuantos viajeros llegaban por mar a la ciudad mejicana de Veracruz, tendió al intérprete las credenciales que de sus casacas habían extraído los dos caballeros.

—Llevan el sello real de Su Majestad francesa—fué explicando el intérprete—. Y ambos documentos dicen exactamente lo mismo, variando sólo en los nombres.

—Leed—dijo secamente el capitán—. O, mejor dicho, traducidme, que ese es vuestro cometido.

El intérprete fué leyendo en voz pausada lo que iba traduciendo:

"Nós, Rey de Francia por voluntad de Dios, estampamos nuestra firma y sello al pie de esta credencial extendida a favor del caballero André Desmarets, cadete de la Guardia Real, para que, en uso de licencia temporal de seis meses, halle en todos los lugares donde se dirigiera la buena acogida que por sus virtudes y méritos es acreedor,—Dado en París, a veinte de mayo del año de gracia de mil seiscientos noventa y nueve."

—André Desmarets soy yo, caballero—aclaró el más alto de los dos franceses, hablando un español bastante correcto—. Mi

compañero y amigo es el barón Thierry du Montenlair.

El capitán español destocóse e inclinó el busto. España estaba por entonces en buenas relaciones con su vecina y fronteriza amiga-enemiga.

—Bienvenido seáis a española tierra, señores míos. Me basta con haber oído lo bien que de vos habla el Rey de Francia para que os conceptúe, así como al señor barón, huéspedes de honor de Veracruz. Si es de vuestro agrado, notificaré al excelentísimo Virrey vuestra presencia en la ciudad para que os conceda audiencia.

—Reconocidos os quedamos por tan señalado favor, capitán—saludó André Desmarets—. Es nuestra sincera intención rendir pleitesía al señor Virrey. ¿Nos podéis, por el instante, indicarnos una hostería donde hallemos buen alojamiento?

—Si me lo permitís, yo mismo tendré el honor de acompañaros hasta el mesón de Quetzalcoalt. Es el que a vuestra categoría corresponde.

André Desmarets sacudió los largos cabellos rubios en alegre carcajada. Y se apresuró a explicarse al sorprender el gesto amostazado del Capitán español.

—Os agradecemos muy de veras vuestra cortesía y aceptamos vuestra guía como una merced propia de la galantería española proverbial y jamás desmentida. Pero perdonadme si me reía; pensaba que si por desventura nos perdíamos por las calles de Veracruz difícil nos sería dar con el mesón al que nos destináis.

—Bastaría con que lo preguntaseis a cualquier ciudadano—replicó secamente el capitán español.

—Ahí es donde radica mi confusión —dijo Desmarets, riendo de nuevo—. El nombre que habéis pronunciado requiere para mi memoria que me lo anotéis en papel, porque incapaz soy de pronunciarlo con la sola ayuda de la única lengua que tengo.

—No bromeéis, André—intervino el hasta entonces silencioso barón—. Tened en cuenta que el humorismo francés no es comprendido por los españoles, y ese buen mozo me parece poco amante de risas.

—Tenéis razón, Thierry, como siempre. Acúsanme de atolondrado, y quizá lo sea. Ved, caballero—habló en español, dirigiéndose al capitán—: mi amigo se une a mí para expresaros su más hondo reconocimiento. Cuando queráis os seguimos.

La noche mejicana tendía su rutilante cielo sobre la populosa y bella ciudad de Veracruz, bastión y plaza fuerte del dominio español, que, tras cruentos combates, habían logrado ahuyentar a los altos picos de la cordillera andina a los pocos indios aztecas que no habían querido aceptar el vasallaje al Rey de España. Y por su abundante guarnición y su sólido anillo circundante de fortificaciones en la Sierra Madre Oriental, Veracruz constituía un lugar inexpugnable y a todo cubierto de agresiones.

Eso fué explicando orgullosamente a los dos caballeros franceses el capitán español, hasta que, después de cruzar varias anchas alamedas por las que andaban españoles y aztecas, internáronse en una calleja bien alumbrada en la que sólo había un gran caserón al final de ella.

—Estamos llegando ya, señores míos—explicó el español—. No tiene pérdida, y si el nombre raro os pareció, muy común es para los nativos y los que en Veracruz residimos. Quetzalcoalt era para los antiguos y primitivos aztecas el dios del aire, y lo personificaban en un hombre blanco y barbudo. Por eso denominaron así este caserón al cual nos dirigimos, ya que en él fué donde los primeros españoles se alojaron en los principios de la conquista. Y le quedó el nombre cuando más tarde un español lo convirtió en posada; la posada más excelente de la ciudad.

—Gracias por vuestras amables explicaciones, caballero — dijo Desmarets, añadiendo, burlón—: En Francia solemos decir que instruirse es aprender a vivir.

—Y en España nos gusta instruir, señor mío—replicó con sonrisa avinagrada el capitán—. Quedad con Dios, que ya habéis llegado, y sabéis dónde me tenéis si algo os gusta mandarme.

—No nos dejéis así, capitán. Podría creer que mi atolondramiento de frívolo francés ha resentido vuestro temple austero de bravío español. ¿Aceptáis un jarro de vino andaluz?

—De buen grado — convino el capitán.

Entraron en la sala principal del gran mesón e instaláronse en una de las mesas cercanas al amplio balcón que abríase sobre la calle. Y cuando el capitán español hubo apurado su jarro de Montilla hallóse más dispuesto a encontrar menos antipático y engreído al “mozalbete franchute que dábaselas de guasón”.

—Si aceptáis un consejo, señores míos, no transitéis mucho por

las noches.

André Desmarets arqueó las cejas en ademán impertinente.

—¿No iréis a decirnos, caballero, que vuestros aztecas no se sienten honrados con ser súbditos de su Graciosa Majestad española?

—Tal cosa no iba a decir, ya que mentir sería. Puesto que afirmáis que en Francia admiten de veras que instruir es cosa precisa para saber andar por esos mundos, sabed que todos los primitivos salvajes que ocupaban esos llanos son hoy fervientes admiradores de nuestra colonización, porque, muy al contrario de ciertas naciones —y ahora fué el español quien sonrió orgullosa e impertinentemente—, nosotros no nos damos a menos de cruzar nuestra sangre con la noble sangre azteca. Y hermanos los llamamos y por hermanos nos tienen.

—¡Ah, ya! ¿Y quizá para asegurar con más fuerza esos lazos fraternales es por lo que Veracruz es una verdadera fortaleza inexpugnable, cuyas murallas cierran el paso a los que anidan en la cordillera?

—En la misma Francia, y para los mismos franceses, hay fortalezas aún más bélicas. Tenéis La Rochelle, Calais. para sólo citar a dos.

—Contra el enemigo inglés están destinadas, no para hermanos de raza —objetó sonriente André Desmarets.

—Lejos nos llevaría tal discusión, señor mío—replicó el capitán, atusándose el mostacho con ademán poco paciente.

—No hay discusión, caballero, entre vos que me instruís y yo discípulo que quiero ser. A mi regreso a Francia tendré buen cuidado en aclarar que los antiguos salvajes aztecas son hoy hermanos pacíficos de los galantes españoles. Y, decidme: ¿por qué, pues, nos preveníais contra las noches de Veracruz?

—Es tan amplio y cordial el mudo abrazo con el que el Rey de España acoge a cuantos quieren morar en tierras suyas, que en Veracruz forzosamente, por ser tierra de Ultramar, han de venir a ella toda clase de aventureros. Los unos por afán de ver mundo; los otros, por codicia, enrolándose en expediciones al interior, que suelen siempre tener mal fin. Pero el hecho cierto es que por las noches, pese a que nuestra guardia vigila, se cometen a veces latrocinios, con luchas violentas la mayor parte de las ocasiones. Y

me pesaría que dos caballeros de vuestra categoría pudieran hallar accidentada interrupción a la licencia temporal que disfrutan. Y ahora, con vuestra venia, me retiro. Debo atender a mi servicio.

Saludáronse los tres ceremoniosamente, y, al quedar solos, André Desmarets prorrumpió en su risita sarcástica e insolente.

—Noches de Veracruz... Peligrosas, traidoras, bellas... Eso nos vino a advertir el español, Thierry. Pero, ¿sabéis por qué su empeño en acompañarnos hasta aquí? Para saber dónde residíamos. Desconfían mucho estos españoles y ven por doquier espías o agitadores que intentan sembrar la cizaña de la rebelión entre los hermanos aztecas.

—Podríais haberle dicho que se nos importa un ardite de sus aztecas y de sus murallas fortificadas. Quien sólo nos interesa es Riquet. No emprendimos viaje tan largo para extasiarnos ante el bello cielo de las noches de Veracruz. Cosas más sólidas son las que requieren nuestra presencia en esta tierra de salvajes.

—No era Riquet una cosa muy sólida, que digamos... —sonrió Desmarets.

—Dejadme contar... Cincuenta, cincuenta y cinco... Eso es: hoy debe tener el buen Riquet cerca de los sesenta diciembres Partió con mi padre ha treinta años, y era por entonces un robusto campesino de treinta años que abandonó yunta y arado para seguir fielmente al capitán marino André Desmarets. Bien, ahora cenemos, que si Riquet cumple lo prometido ya sabrá dar con nosotros.

Pasaron los dos amigos a la sala que, uniendo dos alcobas, les fué destinada. y terminaban de cenar cuando el mesonero les anunció que un pordiosero francés deseaba pedir caridad a los caballeros franceses.

—Justo es que ayudemos al mísero que nuestra patria invoca. Hazlo pasar, mesonero.

Instantes después, un tembloroso anciano, magro y casi esquelético, vistiendo mugrientas ropas remendadas, se detuvo en el umbral. Examinó en silencio a los dos caballeros, y por fin acercóse a André Desmarets.

—Sí, vos sois el hijo de mi señor— habló con cascada voz vacilante—. Tenéis sus mismos ojos azules, sus “marcas” inigualables y su misma complexión robusta. Quince son los años que, día tras día, mis ojos han ido cegándose oteando el mar, a la

espera de barcos franceses. Y cada vez me abatía la desesperación al comprobar que en ninguno de ellos veníais, pese a que siempre que podía os remitía unas líneas por conducto de compatriotas que regresaban a Francia. Pero al fin habéis venido. Os vi desembarcar y os vi salir con el soldado español. Tengo un amigo en el servicio de pasajeros y supe que los dos desembarcados eran el señor barón Thierry du Montenlair y el señor caballero André Desmarets. Y ahora podré morir en paz, porque el deseo de vuestro padre se cumplirá.

—No hables de morir, buen Riquet. Toma esa copa de vino generoso, que destile por tus venas calor de vida. ¿Quieres cenar? No hagas remilgos: cara de hambre tienes, y este pollo tiene que tentarte, porque me temo que de pollos sólo has visto los huesos por largo tiempo. Siéntate.

—Mal me fueron las cosas desde... desde que solo quedé—y el viejo bebió y comió ávidamente por unos instantes—. Pero me juré resistir cuanto fuera hasta que quedara cumplido el deseo de vuestro padre.

—La fidelidad siempre ha sido premiada. Bien, Riquet; antes no pudimos venir por razón harto sencilla. Tú mandaste siempre tus avisos a “La Folie d’Hirson”, en Le Nouvion, y hace ya más de quince años que mi difunta madre vendió la granja para trasladarnos a París. Y los que eran los nuevos propietarios de la granja fueron guardando tus cartas... Suman veinte y todas dicen lo mismo. Por fortuito azar llegaron a mi poder, ya que ellos desconocían nuestra residencia en París. Mi amigo el barón tiene tierra por Le Nouvion, y por azar habló de mí y le fueron entregadas tus misteriosas misivas. Velas aquí.

André Desmarets extrajo de su casaca un paquete de arrugados papeles atados por una cordezuela. Desanudó el lazo y extendió sobre la mesa las veinte esquelas.

—Todas de letra distinta, mi buen Riquet.

—No sé escribir, y tenía que dictar a quien buenamente quería aceptar mi súplica de, al llegar en tierra francesa, remitir esas notas a la dirección de vuestra madre y a nombre vuestro.

—Todas dicen—y Desmarets, aunque fingió leer, no tuvo necesidad de ello porque sabíase de memoria el breve contenido—: “Yo, Riquet Godin, espero en la ciudad mejicana de Veracruz al hijo

del capitán André Desmarets para cumplir última voluntad respecto a la gran fortuna que sólo aquí podéis heredar”. Nada más dice, mi buen Riquet; pero esa alusión a “la gran fortuna que puedo heredar” removió mis fibras sentimentales, y aquí he venido tan pronto he obtenido licencia del Rey. Primero temí que fuera locura o divagación de marino, pero quien por espacio de quince años escribe con regularidad la misma cantinela forzosamente había de ser veraz. Antes de que tú hables, debo aclararte que tanto mi amigo como yo no poseemos ni un maravedí. El perdió sus tierras jugándoselas en la Corte, y yo perdí los escasos bienes que mi madre me legó, formándome una carrera en el cuerpo do la Guardia Real. Y ambos venimos dispuestos a escucharte como el creyente bebe las palabras del ministro ante el altar.

Riquet, ya confortado por el vino y la comida, miró cautelosamente a su alrededor, levantóse y, comprobando que la puerta estaba cerrada, volvió a sentarse.

—¿Tan secreto es lo que vas a decirnos, mi buen Riquet?

—Puedo aseguraros que si alguien más que yo supiera lo que yo sé, verdaderas avalanchas humanas de codiciosos bandidos se abatirían sobre los contornos. Primero deberé poneros en antecedentes de cómo murió vuestro padre.

—Abrevia, que en ascuas nos tienes. Ten presente que nuestras bolsas están exhaustas, y me hablaste de una gran fortuna. Y el bribón de mi padre, si murió, pocos le habrán llorado, para que vaya yo ahora a enternecerme oyendo su merecida muerte.

—No deberíais hablar así de quien, si pecador fué, vuestro padre era—reprochó escandalizado el anciano—. El único que pudiera reprocharle algo quizá yo fuera, porque con él salí creyendo que marinearíamos como honrados mercantes…, y prefirió la fácil senda de la piratería. ¿Lo sabíais?

—Naturalmente, viejo chocho. Y por eso presté más crédito a tus misivas. Un pirata con suerte y sin escrúpulos es quien solamente puede legar a su hijo una gran fortuna por esos tiempos desgraciados. ¿Dónde está esa gran fortuna? Tus ropas no la pregonan.

—Yo serví a vuestro padre con fidelidad, y le juré que a vuestras manos llegaría una carta que para vos debía remitirme. Nunca pudo darme esta carta porque… Veréis primero como ocurrió. Después de

pasar a cuchillo e incendiar la ciudad de Panamá, el filibustero Morgan tramó una trampa para quedarse con todo el botín conseguido, engañando así a quienes le habían ayudado, que eran vuestro padre y los dos piratas, también franceses, Picard y Assolant. Pero vuestro padre, que era hombre hábil, dió caza al galeón que se había fugado con el botín y lo hundió. Hicimos rumbo hacia la costa del bajo Yucatán, y vuestro padre, acompañado de su piloto, desembarcó cinco cofres. Cinco cofres que contenían la mayor parte del botín. Sólo oro, piedras preciosas y monedas acuñadas españolas. Antes de partir en la lancha con el piloto, por la noche y en primer viaje, el capitán Desmarets me ordenó que embarcara yo en otra lancha y le aguardara en un recodo del cabo extremo de la bahía, donde él se reuniría conmigo para que recogiese la carta que había de escribir. Cumplí la orden y aguardé, y entonces... entonces sobrevino la misteriosa aparición de seres que demonios parecían brotados del seno de la tierra. Eran salvajes indios que en un santiamén abordaron la goleta "Amaranto”, asesinando a todos los tripulantes e incendiándola. Yo me escondí, y al amanecer siguiente fuí por toda la colina llamando a vuestro padre en vano. Por la noche, ocultándome, vi aparecer más salvajes que a bañarse iban, sin adentrarse por causa de los muchos tiburones que en aquella bahía había. Durante el día no había rastro de ellos, y no pude ver por dónde venían ni por dónde desaparecían. Cuando me cercioré que que también vuestro padre y el piloto habían hallado muerte a mano de aquellos salvajes, vine a Veracruz y pensé que vuestro padre quiso entregarme carta para vos anunciándoos que en caso de desgracia fuerais a recoger los cinco cofres. Y he cumplido.

Thierry du Montenlair lanzó una mirada penetrante a André Desmarets, quien supo interpretar el sentido de la muda pregunta.

—¿Sólo tú, pues, mi buen Riquet, sabes dónde están los cinco cofres?

—Sólo yo, porque todos murieron.

—¿Y por qué has pasado hambre y miseria, sabiendo dónde estaba oculto el gran tesoro que pretendes hacerme creer mi padre escondió?

—He pasado hambre porque era botín que no me pertenecía, y vuestro era por muerte de mi señor. Y no pretendo que sea un gran

tesoro, sino que afirmo que es tesoro que os convertirá en uno de los hombres más ricos del mundo.

—¡Bah! ¿No dices que los salvajes mataron a todos los del "Amaranto", incluido el bribón de mi padre? Témome, Riquet bellaco, que nos has hecho correr tras un señuelo falso. Tiempo ha que los mismos salvajes, tras matar a mi padre, se hicieron con los cofres, y adiós fortuna que me prometías.

—Desconocéis la mentalidad de ese pueblo azteca, señor. Desprecian el oro y las piedras preciosas, porque en sus templos poseen las más fabulosas de las riquezas. Dad por seguro que cuanto vuestro padre enterró allí sigue. Además, según mis cálculos de cuando se inició el ataque, repentino y tan rápido que no dió casi tiempo ni a defenderse, ya hacía rato que vuestro padre debió dejar a buen recaudo el botín.

—¿Por qué no intentaste desenterrarlo?

—Os aguardé—dijo con altivez no exenta de dignidad el anciano servidor del capitán Desmarets—. Y si para los aztecas el dinero y la fortuna son cosas despreciables, más lo son para mí cuando entre ellas y yo se interpone un juramento de fidelidad.

—Henos ante un fenómeno — dijo riendo burlonamente André Desmarets; pero si sus labios reían, en sus ojos brillaba la más intensa de las codicias—. ¿Dónde está el lugar exacto donde yacen esos cofres?

—Exacto no lo sé. Pero casi con certeza, si, porque vuestro padre y el piloto transportaron los cofres a una caverna situada en la ladera sur de la colina de la bahía.

—Magnífico, mi buen Riquet. Serás recompensado como te mereces. Te cubriremos de oro...

—No lo necesito. Dadme sólo, cuando encontréis el tesoro, el dinero bastante para regresar a morir a mi terruño, que es mi única ambición. Y ahora debo preveniros que debéis reclutar hombres para que os acompañen a esa expedición, o pronto hallaríais el mismo fin que vuestro padre a manos de los aztecas rebeldes que no han querido someterse a los españoles.

—Si muchos somos en saber, a poco tocaremos—dijo el barón.

—De escolta nos servirán solamente—fué explicando Desmarets —. Con cuarenta aventureros de los que, según el capitán español, abundan por la ciudad nos bastará. Y una vez allí ya sabremos

distribuirlos en cordón de vigilancia contra los posibles ejecutores de mi padre, pretextando que nos proponemos encontrar el acceso a templos aztecas de los alrededores. Cuando hallemos el tesoro, descuidad, que ya sabré ingeniar medio para burlarme de los cuarenta que nos escolten...

Sin poderlo remediar, Riquet Godin sonrió tristemente. El que acababa de hablar era innegablemente hijo del que fué su señor: como él demostraba un carácter artero y dispuesto a agudizar el ingenio para engañar hábilmente.

Por espacio de una semana André Desmarets y el barón du Montenlair fueron reclutando a cuantos individuos portando espada y luciendo robustos músculos, aunque destrozados atuendos, merodeaban por las tabernas en las noches de Veracruz...

Pero el fiel Riquet había mentido sin él saberlo. Era cierto que sólo él conocía lo ocurrido al capitán Desmarets en una noche de diciembre del año 1685 en la colina que se erguía ante la bahía de los Tiburones. Pero había otra persona que, sin saber con certeza qué era lo que el antiguo criado del pirata francés conocía, esperaba con paciencia y tenacidad la ocasión de enterarse. Y su tenacidad fué recompensada cuando un jinete, galopando a toda marcha por los senderos que costeaban desde Veracruz hasta el extremo meridional de la tierra central americana, llegó, tras reventar numerosos caballos, hasta un lugar de la región hondureña.

Y un pequeño velero acostó días más tarde junto a un bergantín de estructura francesa que ostentaba en su palo mesana un pabellón-muy explícito: el negro lienzo ondeaba a impulso fiel viento, prestando una simulada sonrisa macabra a la calavera impresa en él.

Y el pirata Assolant escuchó con su característica paciencia al mensajero.

—Llegó, pues, el momento que tanto he aguardado—comentó Assolant, peinándose con los dedos la larga barba blanca en gesto que era su favorito ademán—. Dices que el viejo Riquet ha estado hablando por espacio de una entera noche con dos gentilhombres que están inscritos en el registro español de viajeros como el barón du Montenlair y el cadete André Desmarets. El hijo de mi antiguo amigo, el gran traidor y tramposo de Desmarets. Ahora sabremos que me asistía la razón cuando yo dije, al hallar los restos del

galeón "Salvación" flotando por el mar, que el tunante de Desmarets había hundido el galeón, pero cuidando antes de deslastrarlo de su botín. ¿Han quedado mis otros dos hombres a la espía de todos los movimientos de Riquet y los dos gentilhombres?

—Sí; y serás informado de todos los pasos que den.

Cuando el mensajero partió, el segundo de Assolant expresó su parecer.

—Quince años aguardaste, señor. Admiro tu paciencia, pero se me escapa tu intención. ¿No te hubiera sido más fácil dar tormento a Riquet y hacerle cantar cuanto sabía?

—Fué mi primera idea cuando, después de todas las investigaciones, me comunicaron que de todos los hombres de Desmarets sólo quedaba en vida Riquet, cuya única finalidad parecía ser la de pudrirse en Veracruz acechando barcos franceses, asediando a los viajeros que regresaban a Francia, a los que entregaba notas escritas. Uno de mis hombres se fingió viajero y simuló acceder a la petición del viejo. Tomó la carta, la copió y le dió curso. Eres mi hombre de confianza: puedes leerla ahora.

El segundo, en voz alta, deletreó despaciosamente con dificultad en el papel sudado y mugriento que le tendió Assolant, tras extraerlo de un saquito de cuero que de su cuello pendía:

"Yo, Riquet Godin, espero en la ciudad mejicana de Veracruz al hijo del capitán André Desmarets para cumplir última voluntad respecto a la gran fortuna que sólo aquí podéis heredar."

—Un hombre que aguarda a otro pasando hambre para entregarle un tesoro tun prodigioso, es un hombre que no cantará por más torturas que se le aplique, ¿comprendes, Costaud?—dijo Assolant mesándose lentamente la larga barba blanca—. Y muerto, de nada me serviría. Preferí aguardar a que se reuniese con él quien, según el credo fiel de Riquet, es el legítimo heredero de la riqueza que me pertenece. Me pertenece porque hoy Morgan en un renegado que ha aceptado del rey inglés el título de caballero y de gobernador de Jamaica, y porque el tercer asociado, que era por entonces Picard, fué también un renegado que se hizo corso a las órdenes del rey de Francia. Y halló su merecido, porque si de pirata Picard convirtióse en el corsario Gars el Albino, también halló la muerte debida en manos del Pirata Negro.

Costaud llevaba unos instantes con el ceño fruncido y arrugado

el rostro en expresión de honda meditación. Al fin habló:

Es de ley que el tesoro a ti te pertenece, porque eres el único de los cuatro asociados que a él tienes derecho. Pero, dime: ¿por qué, si supiste engañar a Riquet mandándole un supuesto viajero, no simulaste también al hijo de Desmarets?

—Tú no conociste a André Desmarets el padre. Entonces no eras aún mi segundo y andabas todavía a gatas. Desmarets era un tuno traidor y listísimo que sólo tenía una devoción: el hijo que en Francia había dejado. Y más de una vez citó su orgullo por haber dado por herencia a su hijo su marca inconfundible. Un "deseo” en forma de una extensa mancha de vino en el dorso de la diestra y en el pómulo izquierdo. Y es marca que no puede simularse con tintes ni tatuajes; los ojos de Riquet habrían adivinado fácilmente la supercheria, y, despertando su recelo, entonces habríamos perdido para siempre la plata de mi propiedad.

Costaud inclinó la cabeza, tras dedicar a su jefe una mirada de admiración :

—Piensas en todo, señor.

—Por eso he llegado a lucir cabellos blancos y cumplir los cincuenta y seis Inviernos. Ahora sube a cubierta y que pongan proa al Norte. Cuanto más cerca de la costa mejicana andemos, más pronto darán con nosotros los informadores. Manda a tierra para que costeen a tres hombres, en espera de los informes.

Y el bergantín “Mordant” hizo rumbo hacia la costa baja del Yucatán.

Capítulo II

La bahía acogedora

Un velero de esbelta estructura maniobrera y ágil línea cortaba airosamente el denso azulado del mar mejicano y el sol refulgía contra su casco abrillantando las letras trazadas toscamente bajo el espolón de proa y que rezaban: “Aquilón”.

Nombre era éste temido por bastantes piratas, aunque de pirata era el pabellón que ondeaba en lo alto, mostrando un aguilucho cuyo pico corvo se cernía hacia abajo. Era el velero capitaneado por Carlos Lezama, el Pirata Negro.

En la aburrida y monótona tarde octubrina la tripulación sesteaba indolentemente, desconociendo el rumbo actual y su finalidad. Sólo Diego Lucientes, el apuesto mancebo que trocó los libros y la erudición de la cátedra salmantina por la espada aventurera a raíz de su incidente con el marqués del Aguilar[1], sabía por labios del propio Pirata Negro que el “Aquilón” dirigíase a las lejanas Islas Bermudas para hallar refugio donde calafatear y carenar el velero.

Y tan sólo Diego Lucientes estaba despierto contemplando con ojos soñadores su nuevo amor: el mar. Sentado en el cuartel de mesana, aceptaba agradecido el embate del salitre marino y la caricia del sol. Alto y bien parecido, ostentaba en el rostro una pícara expresión truhanesca que no tenía nada de repulsiva, sino que denotaba al estudiante despreocupado, mitad villano mitad caballero, capaz de grandes acciones nobles al lado de granujerías de poca monta.

En el castillete de proa, el Pirata Negro, brazos cruzados sobre el desnudo pecho hercúleo, llevaba unos instantes observando con fijeza el horizonte. De pronto la estentórea voz de mando del Pirata

Negro rasgó el aire, despertando a la tripulación: —¡Recoged gavias! ¡Abajo el trinquete y mesana!

Los piratas, como sacudidos por un latigazo, fueron corriendo a sus puestos en las distintas cuerdas. El velero de pronto pareció retroceder hacia atrás y sonaban como bofetones los golpes de las velas contra el aparejo al ser cogidas por el viento y del lado opuesto al que antes soplaba. Repentinamente el viento había cambiado...

—¡Plegad los foques! — gritó de nuevo el Pirata Negro.

Diego Lucientes no comprendía la razón de todas aquellas órdenes dadas con enérgica voz tonante. Pero vió y leyó en los rostros de todos los piratas una cierta aprehensión temerosa. Al observar que el propio Pirata Negro de un salto acrobático lanzábase en el entarimado del timón, substituyendo en la rueda al timonel negro y sordomudo, Diego Lucientes subió a la cubierta, rondando cerca del Pirata Negro. No podía ser útil en nada porque desconocía por completo cuanto se refiriera a maniobra marina, y sonreía irónicamente pensando que él era el único que no parecía preocupado.

—¡Santa ignorancia!—murmuró en voz alta—. Todos se afanan y yo tan campante. Ni hay barco a la vista ni veo peligro alguno, aunque el firmamento se está obscureciendo... Ver y esperar es la divisa de los tontos.

El viento había empezado a soplar de sotavento con desagradable aspereza, y el cielo, llenándose de alborotadas nubes grises, fué ennegreciendo el mar.

Entre el repentino rugido del viento y el ruido de las velas al caer oyóse el grito del Pirata Negro:

—¡Tromba a sotavento!

Diego Lucientes miró hacia donde miraba el Pirata Negro y vió el horizonte enturbiarse repentinamente, como si las nubes bajasen y el mar subiese a recibirlas. De pronto, sacudiéndose y doblándose como una cosa animada y girando siempre con tremendo ímpetu, un doble embudo gigantesco se deslizó a marcha veloz por encima de las aguas, dejando tras sí negrura por doquier. A Diego Lucientes le pareció que “aquello” tan extraño tenía por base el horizonte, por cima el centro del firmamento y que su ruta alocada le llevaba directamente hacia la proa del velero.

—¡Estudiante!—rugió la voz del Pirata Negro—. ¡Ven aquí y echa una mano!

—¿Qué va a pasar, señor?—gritó Lucientes, acercándose corriendo.

—Nos sorberá a todos hasta el infierno si nos cruzamos en su camino. Este maldito viento nos lleva exactamente en medio de la tromba. ¡Agarra eso, bachiller!—ordenó el Pirata Negro, mientras luchaba con la rueda timonel, que pretendía girar vertiginosamente —. ¡Las cuerdas del botalón!

Diego Lucientes comprendió, más por el ademán imperioso del mentón del Pirata Negro que por el sentido. Cogió un manojo de cuerdas y tiró con todas sus fuerzas para tratar de recoger la vela baja en que remataban las cuerdas. Mientras la vela ciñó el viento pudo ganar algunos palmos de cuerda, pero los perdió cuando el velero se bamboleó otra vez a sotavento, arrancándole las cuerdas de las manos.

—¡Aguanta el cordaje, maldito inútil!—vociferó el Pirata Negro.

Diego Lucientes no quiso ser llamado de nuevo “inútil” y, apretando los dientes, tiró de nuevo, y aunque el viento era potentísimo consiguió anudar los extremos de las cuerdas al brote de hierro empotrado en el maderamen junto al timón.

Abajo, en la cubierta principal, los hombres corrían de aquí para allá, agitados y sudorosos, para recoger las velas. El velero avanzaba a toda velocidad llevado por el viento, aunque yendo a palo seco no desarrollaba la impetuosa velocidad que hubiese tenido de no haberse arriado la mayor parte de las velas.

El lugarteniente “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, el andaluz tocador de guitarra, ocupaban el puesto de más peligro, como correspondía a sus temperamentos jactanciosos. Estaban encaramados entre las cuerdas luchando por recoger el foque, que cabeceaba y chasqueaba con fuerza contra las jarcias.

—Hablar es ya lo único que me calmará la sangre—dijo el Pirata Negro, mientras sus músculos abultaban voluminosos dominando la rueda y describiendo bruscos giros intentando escapar a la tromba que se iba acercando—. Aprende, bachiller, que quizá ésta sea tu primera lección marina... y la última. Todo depende de la suerte y nuestro destino está ahora en manos de los dioses. Muchas son las supersticiones y tradiciones acerca de las trombas marinas. Algunos

graves y doctos hombres de ciencia que nunca han vivido en el mar han escrito, basándose en tal experiencia de pupitre y covachuela, que una tromba no ha hundido ni puede hundir a ningún barco. Quisiera tenerlos a todos a mi bordo ahora para que sudasen tinta de miedo y se comiesen sus libracos. ¡Hatajo de asnos!—gritó de pronto—. ¡Soltad el botalón de la maricangalla! —y sonrió, hablando con voz normal, aunque fuerte, para ser oído por el estudiante madrileño—. ¡Dirás que no son precisas tantas palabras raras que no entiendes, si es que a hundirnos vamos. Volvamos a nuestros sabios; ningún marinero puede estar de acuerdo con ellos cuando consideremos que las trombas en mar son como en tierra los huracanes. Es peonza de nubes que giran sobre sí mismas, ¿las ves?, y que colgadas de otro montón de nubes tempestuosas toman forma de embudo hasta tocar el agua. El remolino de viento ocasiona un remolino de agua, y cualquier cambio de las corrientes de vientos hace que la columna-remolino se desplome derramando toneladas y toneladas de agua sobre el mar, aniquilando cuanto debajo se halle. Y me dolería que mi bravo "Aquilón" se fuera a meter debajo de ese diluvio que le haría pulpa de manzana pisada por casco de caballo.

El Pirata Negro tenía los labios fruncidos en un gesto de determinación, y ni por un momento separaba la vista de la tromba que se acercaba rápidamente, Hizo girar la rueda del timón con nueva y potente curvatura de los músculos.

—¿Oyes los frenéticos graznidos de las aves, bachiller? Graznan y bajan a buscar protección en el mar, huyendo del caos enfurecido que arriba reina. Cuando estos pajarracos vuelan tan bajo es signo de que en lo alto los vientos son demasiado encontrados para sus alas. Signo más fatal que ver los ratones abandonar el barco que va a hundirse. Pero mi "Aquilón" es el mejor navegante...

Diego Lucientes comprendía que el Pirata Negro hablaba más que para ser escuchado, como recurso calmante de su inquietud. Los tripulantes se sujetaban a sus puestos con las rodillas y con las manos para no ser barridos por el oleaje. Diego Lucientes se asió con todas sus fuerzas al brote de hierro, y empezó a sentir un pánico feroz, porque nunca en su vida había de mostrar un temor tan real como el que se plasmaba en los rostros torvos y ceñudos de todos los piratas. El mismo "Cien Chirlos" estaba tan pálido como la vela, que tirando como un energúmeno de ella trataba de replegar

ayudado por “Piernas Largas”.

El Pirata Negro hizo girar la rueda del timón, lanzando el velero contra el vientre de las olas para ladearse de la cada vez más cercana tromba.

—¡Por los cuernos de todos los hijos de Belcebú—gritó, furioso—. ¡Retirad ya la maricangalla antes de que nos metamos de cabeza en el embudo!

“Cien Chirlos” trepó por la cubierta de popa, pero a pesar de sus recios tirones las cuerdas de las que se agarraba no cedían. Se había enredado un nudo en el extremo del botalón y éste salía sobre el mar, balanceándose, unos quince pies.

—¡Un bravo a deshacerlo! ¿O voy a tener que ir yo? ¡A deshacer el nudo aquel!—señaló con el mentón el Pirata Negro.

Diego Lucientes estimó que había llegado su hora de demostrar que él no era un “inútil”. Se lanzó contra el oscilante cordaje, aguantándose con pies y manos igual que un simio.

—¡Agárrate fuerte, valiente!—gritó el Pirata Negro.

En uno de los cabeceos del velero el botalón se hundió en el mar y las olas azotaron a Diego Lucientes, absorbiéndole casi. Pero se mantuvo firme, asiéndose desesperadamente tocando ya el nudo rebelde. Los piratas se abalanzaron a las gruesas cuerdas trenzadas con acero retorcido dispuestos a halar en el momento en que el nudo cediese. Después de minutos que a Lucientes le parecieron siglos, consiguió desenredar la maraña que habíase formado en el botalón.

—¡Tirad!—gritó alegremente.

Y seis piratas al unísono empezaron a tirar del recalcitrante botalón, al que había enlazado su brazo izquierdo Lucientes para así dejarse llevar hacia cubierta.

El bloque de poleas que formaba el botalón le ofrecía base de apoyo, pero si la valentía del madrileño quedaba demostrada, también se hizo patente su impericia marinera. De pronto, al cambiar el viento de dirección, cogió de lleno a la vela maricangalla, que empezaba a abatirse, y con un fuerte crujido giró la vela a un lado.

Un horrible alarido de dolor sobrepujó el rugido del viento, y el batir del cordaje, y se vió a Diego Lucientes aplastarse como un fardo encima de cubierta…

El botalón, al doblarse por impulso de la vela, había formado un nudo de acero, aprisionando el brazo de Diego Lucientes por encima del codo y rompiéndoselo. El viento apretaba todavía más el nudo de tortura, manteniendo en tensión el cordaje.

El madrileño gemía sordamente con todos sus rasgos faciales contraídos en mueca de intenso sufrimiento. Pero la vida de un hombre carecía de importancia cuando todo el destino de un barco estaba en juego. Aquel botalón tenía que ser retirado o deshacerse de él, no importando lo que a Diego Lucientes podía ocurrirle si querían que la vela rebelde cediera y fuese arriada.

—¡Echad abajo el botalón!—gritó el Pirata Negro, que no podía separarse del timón.

El hercúleo negro Tichli procedió a cortar el botalón con un hacha, y las poleas, arrastradas por las cuerdas segadas, se hundieron en el mar, arrastrando consigo aparejos y montantes.

—Ni con perder tu brazo nos has salvado, estudiante—murmuró el Pirata Negro, porque, aun sin la vela maricangalla ya arriada, el velero, impulsado el casco por el fuerte viento, seguía avanzando.

La tromba corría en una dirección y con una velocidad que forzosamente debían llevarla a chocar contra el “Aquilón”.

—¡A los cañones de proa, artilleros! —ordenó el Pirata Negro.

Diego Lucientes, echado sobre cubierta, parecía un cadáver, pero el monótono gemido que de su pecho se escapaba y las venas que se le marcaban como cuerdas en las sienes, demostraban que no le había quedado ni el alivio de desmayarse.

—¡Apuntad al centro del embudo! ¡Y atinad, bergantes, que este enemigo no replicará con artillería! ¡Fuego por andanadas!

Un horrísono estallido, quintuplicado por el eco del viento, hizo vibrar como ser vivo al velero.

—¡Fuego de nuevo, por el infierno! ¡Locos malditos que falláis y ya está encima!

Pero la nueva ráfaga de cañonazos cumplió lo que el Pirata Negro como último recurso se proponía. Los disparos en andanada habían originado nuevas corrientes en el aire, que rompieron el ritmo de la tromba, y el fenómeno atmosférico, como una bestia herida, se tambaleaba para de pronto derrumbarse, devolviendo al mar ingentes cantidades de agua, peces y maderas.

—¡Reventada!—gritaron varios piratas, aullando, poseídos de

frenético gozo, saltando sobre sus pies.

—Sí, reventada—sonrió el Pirata Negro. Y a sus silbidos, el negro Tichli, que estaba atento a sus labios, corrió a relevarle en el manejo del timón.

El Pirata Negro se abalanzó hacia donde yacía Diego Lucientes y rodeó su cintura con un brazo, mientras que con el otro se asía con todas sus fuerzas de la borda.

La tromba, al deshacerse, estaba a media milla del velero, pero las bajas nubes negras de que nacía estaban ya encima del “Aquilón”, y ahora se abrían, vaciándose sobre cubierta. Una verdadera avalancha líquida se abatió, mientras el velero daba bandazos y saltos en el remolino de corrientes y la resaca que se formaba. El aire era sofocante y durante diez minutos todos los tripulantes se mantuvieron aferrados incesantemente para no ser barridos hacia el mar.

Y de pronto, como por encanto, la lluvia cesó, las nubes se deshicieron y sobre el mar ahora encalmado volvió a brillar el sol, quedando todo como si nada hubiera pasado. La tromba había sido vencida.

El Pirata Negro, chorreante de agua, deshizo el abrazo con que mantenía a Diego Lucientes, que seguía gimiendo sordamente, preso su brazo descuartizado en el nudo de acero que se hincaba hasta el mismo hueso, cortándolo.

Tendiéndole sobre una lona, Carlos Lezama sonrió, pasando la diestra por la fría y sudorosa frente del ex estudiante.

—¿Puedes aguantar unos minutos más, Diego Lucientes?

Pareció que la respuesta venía de muy lejos, cuando entrecortadamente y con débil voz el madrileño contestó:

—¡Pégueme un pistoletazo, señor, y acábelo todo! ¡No puedo soportar esto!—gritó de pronto, desorbitados los ojos por el dolor.

—¡Vaya con el chillón! ¡Cállate, estudiante, que fuiste un valiente y lo sigues siendo!

La voz del Pirata Negro quería sonar imperativa para infundir ánimos al herido, pero las maldiciones que formuló contra la tromba y el traidor botalón denotaban su cólera por el accidente que mutilaba al hasta entonces poseedor de dos manos hábiles en el manejo del naipe. En voz baja le pidió a “Cien Chirlos” una navaja y un frasco de ron.

Mientras aguardaba, indicó con la diestra al piloto cubano una bahía que en la lontananza divisábase amplia y desprovista de vegetación y en dónde se erigía una colina puntiaguda de piedras calcáreas.

—Rumbo hacia allá, Tichli. Bahía acogedora parece y debemos reparar los desperfectos de esa maldita avalancha. Y si enemigos hay, se verán venir de muy lejos porque lugar no tienen donde ocultarse.

Cuando "Cien Chirlos" regresó con los dos objetos pedidos, el Pirata Negro estaba examinando los enlaces de cuerda y acero que habían apresado el brazo de Diego Lucientes por encima del codo, destrozándoselo.

—Un poco de ánimo, bachiller valentón. Tendré que cortarte el brazo. Es la única forma de librarte de esta trampa de acero.

Diego Lucientes, tendido en el suelo, miró al Pirata Negro. Intentó sonreír sin lograrlo, y crispando los labios murmuró:

—Le regalo mi brazo al mar, señor. Adelante, ya que es el único medio y tú lo dices, pero acaba pronto, señor, antes que me desmaye como linda damisela.

En voz baja, fué dando órdenes el Pirata Negro, mientras por entre los dientes de Diego Lucientes introducía el gollete de la botella de ron. "Cien Chirlos" pasó los brazos por debajo de los hombros del madrileño, incorporándolo y sosteniéndolo. Otros dos piratas sujetaron las piernas del herido. Y otro pirata trajo dos cubos de agua de mar.

Carlos Lezama hizo un torniquete de cuerda alrededor de la parte alta del brazo del estudiante, presionando sobre el bíceps. Vertió ron por encima de donde estaba cogido por el nudo de acero y cortó con la navaja. En menos de un minuto separó toda la carne del hueso, mientras Diego Lucientes, con los ojos cerrados, balbuceaba incoherentes palabras. De pronto el Pirata Negro alzó la culata de su pistola y propinó un golpe fuerte y seco encima del hueso descubierto y medio destrozado. El hueso quedó roto limpiamente y el antebrazo mutilado cayó sobre cubierta.

—¡El cubo de agua!—ordenó lacónicamente el Pirata Negro.

Vaciaron dos cubos de agua sobre lo que quedaba del brazo izquierdo de Lucientes. El agua de mar complementó la labor desinfectante del ron.

Diego Lucientes temblaba como atacado de ataque histérico. La sangre que goteaba de su brazo fué menguando y empezó a reír frenéticamente, presa de delirio. Lo mantuvieron inmóvil, mientras con hábiles y rápidos ademanes el Pirata Negro, cogiendo la recia aguja de saco y la cuerda de tripa que le tendió “Piernas Largas”, fué cosiendo los girones de carne.

Terminada la operación, el Pirata Negro cogió en brazos al desmayado Lucientes y lo llevó a su camarote. El velero iba acercándose a la bahía amplia, donde sólo veíanse surcar el mar múltiples aletas de tiburones…

Capítulo III

La desagradecida altiva

Diego Lucientes abrió los ojos y volvíó a cerrarlos crispadamente al sentir el fuerte quemazón que mordía su carne en el bíceps izquierdo. De nuevo parpadeó contemplando el camarote del Pirata Negro, que, sentado en un escabel, acariciaba rudamente la testa achatada de un leopardo tendido ante sus pies.

—Es honor para mí estar tendido en tu propia litera, señor—dijo el estudiante ladeando la cabeza.

—Ganaste el derecho de llamarme de tú a secas, letrado. Nadie a bordo lo hace, pero tampoco nadie de ellos hubiera perdido gran cosa perdiendo un brazo.

—¿Qué hiciste con lo que me falta de cuerpo, por la banda de estribor?

—Así me gustan los hombres, bachiller. Que sepan al mal tiempo sonreírle. Eché al mar tu carne porque ya ni falta te hacía ni podía desobedecer tu deseo. Lo ofreciste al mar y brava ofrenda fué. Por tu acción puedo asegurarte que el barco salvaste. Te has ganado una vida tranquila y ociosa, Diego Lucientes, porque mi “Aquilón” vale muchas onzas de oro, y contándolas está “Cien Chirlos” para traértelas. Mientras reparamos el velamen en la bahía que se acerca, y cuando te halles en condiciones de cabalgar, te buscaremos potro que te conduzca a puerto español desde el que podrás embarcar para tus Madriles y ahí vivir como potentado con los veinte mil discos redondos de oro que te aseguran vida a cubierto de necesidad.

—Nunca esperé tal ofensa de ti, Pirata Negro. Sé muy bien que veinte mil onzas de oro son fortuna que nunca soñé, pero no las quiero.

—¿Pocas te parecen? Pide por si corto me quedé.

—Un trozo de carne tan inútil como es el antebrazo izquierdo no vale tanto.

—Mi velero vale más y tú lo salvaste.

—Pero no admito que como a pirata mutilado en lance de guerra, me valores pagándome con excesiva generosidad, ya que, según costumbre pirata, la pérdida de un brazo, si es el zurdo sólo, vale diez onzas de oro, y si es el derecho, veinte.

—Si enterado estás de la ley pirata, también enterado estás de que yo soy muy distinto a los demás.

El leopardo bostezó ampliamente, exhibiendo unos colmillos pavorosos.

—También yo soy distinto a los demás, jefe. Tú mismo reconociste en otras ocasiones que mi madera era muy semejante a la que te constituía. Si te sobran esas veinte mil onzas de oro, repártelas en mi nombre por entre los tripulantes. Mi brazo lo regalé al mar, y si me ofrecí a servir bajo tus órdenes, aun me queda una diestra que sabe manejar espada. No me largues a tierra como un inválido inútil y permíteme continuar siendo un hombre más a tus órdenes.

—La bravura y la genialidad son dos destacadas características de las pocas cualidades humanas que admiro. En la ciudadela de la Fraternidad supiste ser poeta y caballero; ahora has demostrado ser valiente y temerario antes de epilogar tu hazaña con gesto de excéntrico romántico. Te saludo, Diego Lucientes, porque hay mucho hombre tras tu rostro de pícaro tahúr. Creo que haremos migas... Y ahora reposa, que falta te hace.

—Llévame a cubierta a que me dé el aire... y no huela a tu “gato”. Sé bien que sólo bosteza y que le soy indiferente, pero no podría reposar midiéndolo los erizados bigotes y las largas garras. Déjame velar por la integridad del brazo que me queda.

Instantes después, en una hamaca tendida entre dos palos, Diego Lucientes dormitaba en sueño intranquilo, sacudida su modorra por el lacerante dolor de su brazo manco.

El crepúsculo había ya invadido todos los ámbitos cuando el velero enfiló la entrada de la bahía, a cuyo fondo se perfilaba la masa obscura y roquiza de la pelada colina puntiaguda.

—¡Echen ancla!—gritó el Pirata Negro.

Las nubes, que hasta entonces velaron la pálida faz bonachona de la luna, se corrieron hacia tierra, coronando después la cumbre de la colina.

Y el Pirata Negro lanzó una exclamación de sorpresa al percibir en el agua la estela de un cuerpo desnudo, que nadaba ágilmente hacia tierra.



La luna iluminaba la imagen de una...

La luna iluminaba con resplandor potente la imagen de una niña desnuda, a cuyas espaldas flotaban dos largas trenzas...

—¡Echad cuerdas y disparad en barrera!—gritó el Pirata Negro, acercándose en dos saltos a la borda.

Los destellos lunares plateaban las aletas, que, surcando a flor de agua procedentes de la popa, dirigíanse hacia la imprudente nadadora.

El Pirata Negro, encaramándose sobre la balaustrada, describió un arco en el aire, y zambulléndose fué a sobrenadar ante la niña, que braceaba enérgicamente, huyendo de la persecución de los tiburones.

Desde la borda partieron múltiples disparos, rodeando en círculo a la pareja de la niña y el Pirata Negro. Viéronse rebullir las trenzas al defenderse la niña del salvador abrazo con que el Pirata Negro la izaba por sobre el agua, mientras que la diestra, armada de puñal, abatíase en certero tajo contra las fauces abiertas de un tiburón que

había logrado romper el círculo protector...

Un remolino feroz de sangre anunció el temible furor del escualo. Los piratas que no disparaban lanzaron largas cuerdas en dirección a los dos nadadores... La niña seguía debatiéndose encerrada en fuerte abrazo por la zurda del Pirata Negro...

Al fin, y mientras un círculo de escualos se estrechaba, vencida la barrera de plomo, la diestra del Pirata Negro empuñó un extremo de cuerda, y halado repentinamente con múltiple fuerza desde cubierta, los dos cuerpos rezumando agua fueron izados y suspendidos en el aire...

Las bocas de los burlados tiburones quedaron abiertas en amenazadora espera, prodigando los coletazos vigorosos para conseguir sobresalir más del mar y alcanzar las botas que pendían en lo alto...

Instantes después, el Pirata Negro pisó la cubierta y tuvo casi que saltar para retener a la niña, que disponíase a lanzarse de nuevo por la borda.

—¿Tan niña y tan loca ya?—preguntó sonriendo, mientras apoyaba ambas manos en los hombros de la misteriosa nadadora imprudente.

—¿Prefieres los tiburones a mi compañía?

La niña mantenía erguida y desafiante la cabecita de rasgos hermosos, por su finura, pero crueles por la intensa expresión de odio de sus negros ojos. No tendría más arriba de los diez años y su cuerpo núbil, sin formar, era igual al de un niño esbelto y fuerte. Lo que llamaba la atención era la blancura inusitada de sus miembros y de su rostro.

—¿Cómo te llamas, pequeña?—preguntó el Pirata Negro.

La niña continuó inmóvil, hierática y silenciosa. De la hamaca, descolgóse Diego Lucientes, acercándose al Pirata Negro.

—No puedo dormir, jefe. Y prefiero examinar este extraño espectáculo. Una niña blanca nadando por estos parajes no es cosa común, ¿verdad?

—Eso opino. Tú eres quizás hombre más versado que yo en el arte de hacer hablar a las inocentes criaturas. Vamos a mi camarote. Dame la mano, pequeña.

Pero, al soltarla de los hombros, de nuevo la niña corrió hacia la borda, demostrando su intención de saltar al mar, donde seguían

esperando los tiburones.

Pataleando rabiosamente quedó ella en el aire, abrazada contra el pecho del Pirata Negro, que la mantenía apretadamente, pero procurando no estrujarla. Y así la llevó hacia el camarote de sala capitana, seguido de Diego Lucientes.

—Quizás más se agitará, jefe, si ve a tu “gato”.

Y mientras hablaba Diego Lucientes cerró la puerta de la antesala del camarote, sentándose en un escabel, debilitado por su reciente pérdida de sangre.

El Pirata Negro depositó en el suelo a la niña, que se quedó en pie, desafiante y altiva. Carlos Lezama se cruzó de brazos, riendo.

—¿Cómo te llamas, mi pequeña damita?—y al no obtener respuesta por más que aguardó dos minutos, miró hacia Diego Lucientes—: No sé hacerme simpático a la damita, estudiante. Intenta tú lograrlo.

—Tendremos que llevarte a tus padres, mi niña—dijo el madrileño—. Justo es, pues, que si no quieres dar las gracias al caballero que te ha salvado de morir comida por peces gordos, al menos le digas dónde ha de llevarte.

La niña continuó inmóvil y en silencio. Miraba alternativamente a los dos hombres, con expresión de vehemente rencor.

—Creo que debe de ser muda—opinó el Pirata Negro—. Porque rostro tiene de inteligente, y si sus bellos ojos fueran dagas, harto haría que tú y yo estaríamos apuñaladísimos. Por toda su apariencia, blanca parece, pero extraño se me hace pensar que por estas tierras, no sólo residan blancos, sino que, aun así suponiéndolo, la dejen nadar de noche y en aguas infestadas de peces amantes del género humano.

—Tú tocarme, tú morir—dijo la niña de pronto con voz aguda, pero sin perder su compostura altiva.

El Pirata Negro emitió una jovial carcajada.

—¡Al fin! Lengua tienes, niña. Dime, ¿quiénes son tus padres?

—Tú tocarme, tú morir—repitió la extraña criatura.

—Ya me lo dijiste antes, bonita. ¿Qué hacías nadando anochecido? No procedes de barco naufragado, porque ahora comprendo que si los tiburones no te dieron antes alcance es que al seguir la popa de mi velero, sólo te husmearon cuando tu huías hacia tierra. De tierra, pues, vinistes, y que yo sepa, en esta costa

baja del Yucatán sólo de vez en cuando paran por escaso tiempo los piratas. ¿Acaso eres hija de algún pirata?

—Los míos te darán muerte, porque tú querer matarme—dijo hoscamente y con arrogancia la chiquilla.

—¿Sólo de fea muerte sabes hablar? Bien, te llevaré a tierra ahora y allí ya sabrás decirme dónde he de llevarte.

Y esta vez, cuando el Pirata Negro, en previsión de posibles escapatorias, levantó entre sus brazos a la criatura, quedóse sorprendido al no sentir en ella la menor resistencia.

—Así está mejor, bonita. Podemos ser hasta amigos.

—Tú enemigo—dijo ella lentamente.

—No lo es—intervino Diego Lucientes—, porque te salvó de ser devorada por los peces, y los peces lo podían haber comido a él, mi niña: Dile cómo te llamas y dónde debe llevarte.

Sacudió ella la cabeza de un lado para otro, apretando con firmeza los finos labios y sus largas trenzas se bambolearon.

—En tierra ya me lo dirá. Debe ser un secretillo.

Una lancha fué arriada, y en los remos "Cien Chirlos", fué impulsando la proa hacia la playa. De pronto, cuando ya sólo faltaban escasamente dos remadas para alcanzar fondo vadeable, la niña mordió con furia en el hombro al Pirata Negro y propinándole dos pequeños puños contra el rostro se desprendió del abrazo con que la mantenía.

Y saltando ágilmente intentó escapar, corriendo por la arenosa playa. Asida por una trenza quedó detenida, y girándose miró al Pirata Negro, en cuyo hombro perlaban dos gotitas rojas producidas por los agudos dientecillos.

—Yo no te quiero daño ninguno, fierecilla bonita. Sólo quiero tu bien y por eso...

—¡Quiero irme sola!—gritó ella—. Y así podré sólo perdonarte. Déjame cabello. Lo mando.

El Pirata Negro la soltó y de nuevo ella emprendió veloz carrera.

—¿La cazo, señor?—inquirió "Cien Chirlos", al ver que el Pirata Negro quedábase inmóvil.

—No. Vuelve a tus remos. No quiero quebraderos de cabeza ni más mordiscos. Cuando luzca el sol ya averiguaremos de dónde procede esta misteriosa criaturilla con ademanes de reina.

Cuando de nuevo subían a bordo, Diego Lucientes, echado en su

hamaca, pregunto:

—¿Supiste cómo se llamaba la pequeña, jefe?

—Supe sólo que tenía dientes muy sanos. Y marchóse corriendo, desapareciendo tras la colina. Mañana lo averiguaremos, porque a lo mejor tras el monte hay caseríos blancos. ¿Y tu brazo ausente? Te comportas como un viejo pirata que estuviera acostumbrado a perder un brazo como si se tratase de un accidente sin importancia.

—¿La tiene acaso? Lamentarme de lo inevitable no me lo haría crecer de nuevo. Y ahora sólo paro mientes en la desconcertante actitud de esa pequeña y altiva desagradecida.

* * *

La “pequeña y altiva desagradecida”, tan pronto el pirata Negro hubo liberado su trenza prisionera, corrió ágilmente, hasta que no oyendo tras sí pasos de persecución, agazapóse tras una roca calcárea y contempló alejarse de nuevo hacia el velero anclado a la lancha que la había depositado en tierra.

Andando con lentitud, dirigióse hacia un montículo de rocas... Un montículo idéntico a los tantos que se amontonaban en toda la vasta superficie de las laderas de la colina. Su manecita deslizóse bajo una piedra más pequeña que las demás y pareció hurgar en busca de algo. Y como por arte de magia, la piedra central se elevó mostrando una abertura negra por la que se introdujo la niña.

Tinieblas completas sucedieron al gesto con el que la niña tiró de la tripa, que, trenzada sólidamente con fibras de yute y encajada en distintas piezas redondas de madera de distintos tamaños, formaba un rústico y primitivo mecanismo que remataba en tres anillos tallados en la misma base de la piedra, volviéndola a cerrar.

Y por el pasadizo en tinieblas, que dividíase en innumerables callejones dispuesto a modo de laberinto, Iolo, la azteca, fué caminando hacia el lejano resplandor que anunciaba el emplazamiento de la ciudad subterránea del Imperio Tlascalteca del rey Tezcuco.

Cuando los primeros blancos pisaron suelo mejicano, las distintas tribus aztecas combatieron bravamente contra el invasor, pero, poco a poco, al comprobar que los “poseedores del animal blanco que corría llevando a lomos hombres blancos y barbudos” se limitaban a instalarse en zonas de tierra lindantes con el mar, se retiraron a la cordillera.

Y la curiosidad venció al instinto salvaje. Fueron deponiendo las armas y habituándose de buen grado a vivir en las ciudades construidas por los blancos. Sólo unos pocos grupos aislados quedaron diseminados por la cordillera.

Y el sabio y prudente Rey Tlascalteca Ometochli, no permitió que ninguno de los moradores de la ciudad subterránea, construida 544 años a. de J. S., saliese para nada de la vasta residencia laboriosamente edificada en el seno de la colina.

Tan sólo consintió en que dos sacerdotes partieran a averiguar a qué eran debidos los extraños y retumbantes bramidos que brotaban de llamas de fuego, que se encendían tan pronto como se apagaban y procedían de bordas de grandes barcos anclados enfrente a las lejanas costas del puerto, que daba por tierra acceso a la ciudad Tenochitlán, la ciudad que poco después sería llamada Méjico por los españoles, que eran los que iniciaban la conquista de América.

Y los dos sacerdotes de la tribu tlascalteca de los aztecas, permanecieron con los españoles desde los albores del siglo XVI hasta su primer cuarto. Y fueron muriendo sucesivamente varios reyes de la ciudad subterránea, pero siempre estaban informados de lo que ocurría en las fortalezas españolas, y los sacerdotes, que uno tras otro fueron muriendo largos años después de su regreso, inculcaron en el espíritu de los niños el odio al blanco, enseñándoles el idioma del "ser blanco y barbudo", porque algún día podría serles de utilidad cuando Vitciloputchli, dios de la guerra, tuviera a bien ordenar a sus elegidos el éxodo a la tierra española, donde sólo hallarían sumisión. Y allí reinarían los tlascaltecas, porque eran, de toda la raza azteca, la más selecta de las tribus.

Y con esta esperanza, iban pasando los años y sucediéndose los reyes hereditarios, hasta que imperando Tezcuco en las postrimerías del siglo XVII quiso el azar que Iolo, la heredera del trono tlascalteca, abandonara, como todas las noches hacía, el recinto subterráneo para irse a bañar a la luz de la luna en el primer cuarto de milla de la bahía, allí donde los tiburones no se acercaban.

Y ahora Iolo andaba por el ramal del laberinto que conducía al lugar que ocupando el centro de la base de la horadada colina, era el sitio sagrado donde sólo podían entrar los sacerdotes elegidos, siéndoles vedada la entrada a los demás moradores bajo pena de

cruenta muerte en que sus corazones serían quemados ante el dios Tlazolteutl.

Porque donde respiraba el ungido do los dioses, el Grande y Sagrado Tezcuco, sólo los alientos sacerdotales podían respirar...

Al final del pasadizo desembocó Iolo en el vestíbulo abierto en la roca y cuyas paredes de piedra viva estaban esculpidas simulando serpientes. Todo el vestíbulo estaba iluminado por la perenne luz de aromáticas hierbas cultivadas en los jardines flotantes que rodeaban el estanque de la parte sur de la ciudad subterránea. Aquellas hierbas maceradas y alargadas en forma de rústicas antorchas desparramaban no sólo su luz por todos los ámbitos ocultos desde siglos a los rayos solares, sino también su penetrante perfume.

El vestíbulo terminaba en una magnífica escalera que conducía a una vasta capilla elevada sobre un terraplén donde un tupido bosque de estacas altísimas ofrecía una terrorífica visión: La madera de las estacas no se percibía porque en ellas estaban clavadas calaveras humanas pegadas las unas contra las otras. Millares y millares de cabezas humanas: los restos mortales de todos los tlascaltecas.

En un nivel inferior extendíase el ara de los sacrificios humanos con sus cuatro esquinas señalando los cuatro puntos cardinales ocupadas por cuatro estacas de calaveras: las pertenecientes a sacerdotes y reyes con sus familiares, y que por ser de distinta alcurnia al resto de los demás tlascaltecas podían sólo ser los dignos soportes óseos sobre los que se apoyaran las espaldas de los que debían ser sacrificados para la mayor honra y gloria de Vitciloputchli.

Tras el terraplén elevábase otra plataforma superior donde abríanse al fondo cuatro puertas de oro macizo. Dos llevaban grabadas en verdes esmeraldas la figura de una serpiente; el emblema de que tras aquellas puertas residían los sacerdotes elegidos.

Las otras dos, una a cada extremo, tenían un gran resalte redondo con rectas que fingían los rayos del sol: ahí moraban el Grande y Sagrado Rey, obligado a permanecer en su interior solitario, y tras la otra puerta, sus familiares.

Pero la esposa de Tezcuco había muerto, y sólo quedaba como único familiar del rey, su hija Iolo. Iolo seguía ascendiendo por la

escalera lateral, que sólo era hollada por las plantas de los sacerdotes encargados de mantener inextinguible el fuego que ardía en los grandes pebeteros iluminando las horrendas faces de oro de colosales ídolos del mismo metal precioso, que personificaban las distintas potencias divinas de la raza azteca.

Los ídolos iban escalonándose junto a los peldaños por los que ascendía Iolo, la cual sólo se prosternó hondamente cuando llegó a la altura de Vitciloputchli, el dios de la guerra, el dios que había un día de hablar a sus elegidos anunciando que era llegado el momento de dirigirse al imperio de los blancos, que aguardarían sumisos para rendir acatamiento a los que habían sabido vivir ocultos durante siglos. Y se cumpliría la profecía sacerdotal según la que sólo hombres surgidos del fondo de las entrañas de la tierra, podían dominar en el mundo entero.

Llegada a la plataforma que se extendía ante las cuatro puertas de oro, Iolo recogió del liso suelo de mármol la “maxtlatl”[2] y la vistió.

Y tras hacer vibrar con la palma de la mano una gran lámina de oro que pendía del abovedado techo rocoso, sentóse seria y flemática sobre sus piernas cruzadas.

Las metálicas vibraciones resonaron fuertemente en la vasta caverna. Silenciosamente fueron saliendo por las dos puertas de oro grabadas con serpientes los seis sacerdotes, que prosternándose ante Iolo primero, sentáronse como ella en el suelo, dando frente a la imagen horrenda de Vitciloputchli.

Poco después un atlético y hermoso varón de rostro enjuto y blanco apareció por la puerta marcada con un sol. Iolo y los seis sacerdotes apoyaron la barbilla sobre el pecho, levantando sólo la cabeza cuando Tezcuco estuvo sentado en la concavidad abierta en la base de la gigantesca escultura que representaba al dios de la guerra.

Si era rasgo común en todos los aztecas la tez aceitunada, el pelo que les hacía imberbes y el cabello espeso y laso, así como su moral pura y generosa dentro de su salvajismo innato y sin crueldad, lo que distinguía a los tlascaltecas era la blancura de su tez, debido a la permanencia de siglos y siglos bajo la colina horadada.

Pero esta diferenciación no podía conocerla ningún blanco, porque los sacerdotes tlascaltecas, antes de dirigirse a sus ciudades

por mandato hereditario del primer rey que supo de la invasión de los “seres barbudos”, permanecían por espacio de varios días expuestos a los rayos del sol hasta que su pigmentación natural se bronceaba rápidamente, borrando la palidez especial que les caracterizaba.

Y por lo demás sus rasgos faciales tenían gran semejanza con las figuras de los antiguos egipcios. Tezcuco elevó la diestra con la palma hacia arriba. Iolo tenía permiso para hablar.

—Un hombre blanco cayó del cielo cuando yo nadaba. Puso sus manos encima mío y subimos hacia el cielo poniendo los pies sobre gran madera flotante. Allí había muchos más blancos y el hombre que me puso las manos encima me llevó a las entrañas de la madera. Me preguntó cuál era mi nombre y quiénes eran mis padres. Nada respondí y aguardé la muerte. Después un blanco que sólo poseía un brazo entero y otro medio, me habló suavemente, como tú me hablas, ¡oh, Rey! Y yo no quise decir quién era y nada supieron. El primer blanco me llevó a una flotante madera pequeña diciendo que me dejaría en tierra para acompañarme donde estaban mis padres que decía serían piratas, ¿Piratas qué son, Huitzi, tú que eres el que prestas luces a mis ojos ignorantes?

El sacerdote interpelado conservaba aún restos de su estancia a la claridad diurna en Veracruz.

—Piratas son blancos que luchan contra otros blancos y terminan cogidos por el cuello hasta morir suspendidos.

—No lo comprendo—dijo Iolo flemáticamente, pero prosiguió hablando:

—Cuando tocábamos la parte donde el agua muere en la tierra, mordí el hombro del blanco y le pegué en el rostro, corriendo después. Pero él me cogió por el cabello riendo. ¿Reír es ese gesto prohibido que dices que los blancos hacen enseñando los dientes para demostrar que están en buen estado de salud y ánimo, no, Huitzi? —y sin aguardar respuesta, Iolo añadió: —Creí que iba a matarme, pero siguió riendo y me dejó libre. Todo eso pasó, ¡oh, Gran Rey!

Tezcuco elevó las dos palmas de las manos hacia arriba. Sacerdotes e Iolo apoyaron sus barbillas sobre el pecho. Tezcuco estaba invocando el consejo de Vitciloputchli. Al fin habló con lenta voz grave.

—No saldrás más, Iolo, ya que por esta vez nuestro dios amante ha querido salvarte para que nuestro retiro no fuera descubierto. Mañana por la noche morirán todos los blancos si no se han ido. Les concedo esta noche de salvación en reconocimiento a que uno de ellos no quiso matarte. Habla tú, Huitzi, a quien nuestro dios favorece con su continua inspiración.

—Oh, gran reina Iolo: cuando nadabas ¿era huyendo de la gran madera flotante?

—Sí, Huitzi, pero también de los tiburones que vinieron tras la gran madera flotante llena de hombres.

—¿Y cómo no te dieron alcance los tiburones?

—Porque hombre blanco cayó del cielo y unos golpes de fuego sonaban contra el agua impidiendo avanzar a los peces. Pero uno que avanzó con la boca abierta para devorarme fué cortado por el puñal que tenía en la otra mano el blanco.

—¿Si el blanco no cae del cielo y sube después contigo hacia lo alto de la madera flotante, los tiburones te habrían devorado?

—Creo que sí, Huitzi. Pero yo le mordí a él y le pegué porque tú me has dicho que todos los blancos son nuestros enemigos.

—Lo son—intervino Tezcuco severamente—. Ahora pasarás invocando la merced de tu dios hasta que por el cielo aparezca la claridad del día que nos está prohibido.

Y Tezcuco señaló en lo alto la estrecha rendija que abierta en la cumbre de la colina servía de referencia para el poblado subterráneo en su cuenta ritual de la serie de períodos por los que contaban el tiempo.

Majestuosamente se levantó Tezcuco abandonando la concavidad tallada en la base del coloso de oro, y desapareció tras la puerta que conducía a su solitaria habitación.

Instantes después los seis sacerdotes, uno tras otro, fueron entrando divididos en dos grupos de a tres en sus respectivos alojamientos.

Y en la enorme sala rutilante de oro que rielaba reflejos dorados y oscilantes destellos rojos, quedó sólo una diminuta figurilla viva que prosternada ante el mayor de los ídolos, cumplía el mandato del Grande y Sagrado Tezcuco.

Capítulo IV

Intrusos

Amanecía cuando el Pirata Negro acercóse a la hamaca donde, sumido en profundo sueño, Diego Lucientes había hallado por fin reposo para su atormentado cuerpo.

Examinó la fresca cicatriz producida por la navaja y el surco de la cuerda de guitarra, y mudamente aprobó con la cabeza. La carne estaba hinchada, pero ostentaba un rojo color de viva tonalidad, lo cual demostraba que no había ya peligro de infección ni gangrena.

Y el desenlace que temía el Pirata Negro para el joven madrileño no era ya una amenaza. Alejóse para, acodado en la borda, contemplar el panorama. Leguas y leguas de árida tierra seca, desentonando en la fértil vegetación lujuriosa y tropical que caracterizaba la tierra del Yucatán. Pero comprendíase la razón por la blancura casi cegadora del suelo refulgiendo bajo los primeros rayos solares: tierra caliza que a trechos presentábase en la vasta región mejicana.

Pero tanto más era de extrañar que en aquel desierto que rodeaba la colina puntiaguda hasta perderse en la lejanía cientos de leguas allá, pudiera haber surgido como del centro de la tierra una desnuda niña de blanca raza y misteriosos modales y reacciones muy distintas a las propias de su corta edad.

El Pirata Negro moduló tres silbidos y a ellos acudió prontamente "Cien Chirlos", su lugarteniente, que merecía su apodo en justicia, plasmada en el rostro plagado de cicatrices y costurones la huella de innumerables luchas a muerte.

—Elige treinta de mis valientes para una incursión por tierra. Sería posible que tras la colina que es el único espacio que no podemos divisar, anduvieran bergantes cuyas intenciones

ignoramos.

Tres lanchas partieron del costado del anclado velero y desembarcaron de ella los treinta piratas elegidos por “Cien Chirlos”. Ya en la playa aguardaban el Pirata Negro acompañado de Diego Lucientes, que pretextó que quererle conservar tendido en la hamaca era llamarle sin palabras “inútil”.

—Tú, “Cien Chirlos”, con veinte rodea por babor la base de la colina. Nos reuniremos al otro lado.

Y media hora después, “Cien Chirlos” dió la señal de alto a sus hombres. Lo hizo con ademán airado y pleno de decepción: era comprensible la desilusión en hombre que sólo hallaba sabrosa la vida cuando se intercambiaban pistoletazos y recios mandobles... y los únicos hombres que había encontrado eran los diez piratas a cuyo frente andaba Carlos Lezama acompañado por Diego Lucientes.

—Tierra libre, mis valientes. No la pisan más que nuestros pecadores pies. ¿Qué has hallado en tu camino, guapetón?

El horroroso rostro de “Cien Chirlos” se contrajo aún más espantosamente en algo que quería ser una sonrisa.

—Tres grutillas de poca cabida, señor. Pero registradas no dieron ni señales de rastro humano. Secas y mustias, sólo dan sombra.

—Bien; eso es lo que os deseo. Sombra para resguardaros. Tú, “Piernas Largas” con diez compañeros en la gruta más grande. Tú, “Cien Chirlos”, con ocho valientes en otra. Y tú, Diego Lucientes, con otros ocho en la tercera. Ahí todos sin moverse, mientras yo otra cosa no ordene. Dos que conmigo se queden. ¡Presto a lo dicho!

Dividiéronse prontamente los piratas en tres grupos, mientras dos de ellos se colocaban junto al Pirata Negro. “Cien Chirlos” condujo a los tres grupos hacia el lugar donde se abrían las tres “grutillas”.

—A bordo y comunicad que aceleren el remiendo de las velas y del botalón. Y después traed a la playa mi mesa y un escabel, colocándola debajo de la raquítica y solitaria palmera que por milagro prodigioso halla manera de vivir en tan despoblada tierra. Hecho lo cual os uniréis al grupo de “Cien Chirlos”.

Al quedarse solo el Pirata Negro dió de nuevo una ojeada circular a todo el desierto circundante. Y fué encogiéndose de

hombros, intrigado que fué pasando por delante de las grutas ocupadas ya por sus hombres, hasta que se detuvo en la última, entrando en ella.

Diego Lucientes, secretamente muy halagado de la distinción con la que le había “ascendido” el Pirata Negro al darle el mando de un grupo, avanzó hacia él algo tambaleante, pero sonriendo.

El Pirata Negro echó un vistazo al costado del antiguo estudiante, que había sabido perder tan valientemente un brazo hacía escasas horas.

—¿Qué llevas ahí?—preguntó señalando el barrilito que colgaba de dos tiras de cuero en bandolera alrededor del hombro válido.

—Ron, jefe. La mejor de las medicinas—replicó el madrileño, que al ser enrolado había declarado con franqueza su gran estimación por cuanto oliera a alcohol. Y en aquellos momentos su aliento olía a alcohol.

—Destapona el barril y riega el suelo con todo el contenido—dijo secamente el Pirata Negro.

Sintiendo un gran dolor en su corazón, Diego Lucientes obedeció y desparramó todo el ambarino licor jamaiquino en el calcáreo suelo de la gruta, que sorbió ávidamente con ansiosa sequedad de tierra árida, el líquido. Y la inteligencia aguda y despierta del madrileño supo comprender la orden: o era un “inútil” inválido y debía permanecer tendido en la hamaca, o era hombre muy capaz de mandar a otros diez... y debía dar el ejemplo.

—En acto de servicio no se bebe, Lucientes. A bordo y cuanto te toque turno de reposo te emborracharás cuanto quieras.

Examinó la poca profunda gruta de lisas paredes y terreno fácilmente removible por su blanda consistencia caliza y polvorienta. Volvió la espalda a los piratas que destocados y en pie permanecían en silencio y avanzó hacia la salida. Desde allí, se detuvo, y habló por encima del hombro.

—Acércate, madrileño, que cuatro ojos se equivocan menos que dos. ¿Qué ves ante ti?

—Tierra llana, más propia de planicia de Castilla que de comarca tropical.

—¿De dónde, pues, vino la altiva desagradecida de anoche?

—Hurgándome he estado los cascos, no porque los misterios me gusten, sino porque así olvido mi ofrenda al mar. Y sólo cabe un

pensamiento: vino la mozuela cabalgando potro desde lejos.

—¿Desnuda y espoleando leguas y leguas un caballo, para elegir como bañadera bahía poblada de tiburones y por la noche? Más confiaba en tu cerebro, letrado.

—¿Qué otra idea puede chispear? Sólo queda pensar que brotó del seno del mar cual nueva Anfítrite, o del seno de la tierra, como Rea.

—No hay mitologías, sino algo que no acierto a comprender, cosa ésta que mucho me revienta. Siempre me ha gustado saber por qué motivos la tierra gira y nosotros los hombres somos tan estúpidos. Hablando de otra cosa, si quieres relevo puedes volver a bordo.

—No lo preciso, jefe, a menos que lo lo ordenes.

—Un estudiante disciplinado es caso tan misterioso como el de la niña de anoche. Permaneceréis aquí dentro hasta el anochecer, en que a bordo volveremos y zarpando iremos a nuestro destino. Bajo ningún concepto saldréis de aquí, si no es tal la contraorden que os comunique.

Media hora después, bajo la única palmera que en toda la ancha faja semicircular de la bahía mecía su copa con susurros de brisa, el Pirata Negro sentado en el escabel junto a la mesa que habíanle traído de a bordo, dibujaba distraídamente con los dedos de la diestra extraños arabescos sin sentido sobre la madera.

Le distrajo de sus pensamientos una nube polvorienta que muy a lo lejos y rasando el sendero de la costa procedía del norte, donde hallábase la ciudad de Veracruz.

—Difícil es hallar el bálsamo de la soledad—murmuró el Pirata Negro, poniéndose en pie—. Si mi vista no miente, ahí se acercan intrusos.

✲ ✲ ✲

Cuarenta y tres caballos caracolearon y piafantes se detuvieron levantando con las pezuñas nubecillas de arena en el centro de la playa.

André Desmarets desmontó y manteniendo las bridas de su potro, quedóse mirando ceñudamente el velero anclado en cuya cubierta una veintena de hombres, como si no les interesase en lo más mínimo la insólita llegada de tanto jinete por aquellos parajes inhabitados, seguían atareados trenzando sogas y remendando

lonas.

—Parece que hay intrusos—dijo el barón Thierry du Montenlair, que acababa de descabalgar—. No me place ese espectáculo. ¿Y a vos, André?

—Pronto es para juzgar. Acércate, Riquet. Vosotros — dijo a los jinetes que seguían montados—, rodead toda la bahía en formación de hilera.

Los aventureros reclutados por Andrés Desmarets fueron creando un vasto semicírculo que pronto se extendió de cabo a cabo de la bahía, mirando al mar.

—Un velero anclado, con tripulantes de varia indumentaria que no nos revela su nacionalidad ni su calidad. Mal sitio me parece ese para elegirlo como puerto de remiendos. Por otra parte, ved, Thierry—y André Desmarets indicó bajo la única palmera una mesa con un escabel—ahí están toscos muebles esperando a alguien. ¡Riquet! ¿No asegurabas que nadie conocía...

—Nadie conoce lo que yo os he contado—atajó el anciano—. La presencia de este velero tiene que ser obra de pura casualidad. Y si me admitís cierta experiencia, por el lugar donde remiendan, y las amuras y estructura del velero, estoy por afirmar que trátase de barco pirata.

André Desmarets había heredado también de su padre el temple aguerrido y poco temeroso.

—Más de cuarenta sumamos, y no es la palabra “pirata” la que me pone sequera en la garganta. Témome que olfateen lo mismo tras lo que andamos.

—No lo creáis, señor. Es más bien de suponer que saliendo de galerna o mar gruesa han elegido esta bahía acogedora para reparar los destrozos de aparejo. De combate no ha sido porque no hay palo derribado ni boquete en la estructura.

—Sagaz eres, viejo Riquet. Tenemos sed; desensilla mi caballo que de sillón podrá servir la montura y trae los barriles y los jarros que cuelgan de tu arzón. Beber es siempre el medio mejor de reflexionar.

Cuando el barón, Desmarets y Riquet estuvieron sentados alrededor de la mesa sombreada por la palmera, André Desmarets tras apurar un jarro de vino, secóse los labios con elegante pañuelo de encajes y lo ondeó en dirección al más cercano de los jinetes, que

vino al trote a detenerse junto a la mesa.

—Descabalgad y emplead vuestra silla, Duplessis. No os sentará mal un jarro refrescante después de la cabalgata. Vos nos habéis sido de gran ayuda en la recluta y sois caballero que perteneció a la guardia mosquetera... hasta que lances desafortunados os impulsaron a cambiar de aires. Puedo, pues, tener plena confianza en vos.

Duplessis, ya sentado y con un jarro en la mano asintió convencido.

—El objeto de nuestra expedición es tratar de hallar un cierto templo azteca que rebosa de preciosidades que los ignorantes salvajes no están en suficiente capacidad de inteligencia para poder apreciar. Y podemos demostrarles que su templo nos cautiva, que es a lo que hemos venido, guiados por Riquet, antiguo servidor de mi padre.

—Por aquí, caballero Desmarets, mucho distamos de ningún templo azteca. Todos hállanse en las cumbres de las sierras y os garantizo que saben defenderlos salvajemente.

—El mío, el que yo busco, está cerca de la playa..., aunque a muchas leguas de aquí. Pero hicimos un alto, porque conviene reflexionar sobre una cuestión. ¿Los tripulantes de este velero siguen, acaso, el mismo camino que nosotros, y fingen estar reparando para después seguirnos por mar y costeando?

—Si es mi opinión la que deseáis—dijo Duplessis, sinceramente —, creo que este velero es barco pirata y zarpará tan pronto repare. Tened presente que nada de lo que poseemos puede atraer su codicia, y ningún peligro corremos si no provocamos querella. Podemos, pues, aguardar para reemprender de nuevo el camino a que se alejen.

—Queda así decidido. Esa es nuestra opinión, ¿no es así, barón?

—Si; aquí aguardaremos a que esos intrusos sean piratas o no se larguen con viento fresco.

—¡Falta mi opinión!—dijo una voz desde las alturas.

Y los cuatro estupefactos bebedores se pusieron en pie sobresaltados, no ya tanto por la repentina voz, sino por el elástico salto con el que cayendo desde la copa de la palmera el Pirata Negro flexionó las rodillas, quedando en pie en el centro de la mesa.

—¿Qué modales son esos?—exclamó André Desmarets,

desenvainando—. Dadme razón de esta grosería.

—¿Cuál es la grosería?—inquirió sonriente Carlos Lezama, hablando un excelente francés, aunque algo matizado de acento español.

—¡Irrumpís en mesa... — empezó a gritar colérico el barón.

—...en mesa que me pertenece, caballeros. Creo que calificándome de intruso pecáis de falta de imparcialidad. Esta es mi mesa y mío también es el escabel que habéis derribado, vos, caballero de la espada en mano. Envainad si ciertos eran vuestros propósitos de no provocar querella a pacíficos piratas.

André Desmarets, obedeciendo a una rápida señal del barón, envainó y sintió un leve calor ascender en sus mejillas cuando vió que el atezado individuo de rostro insolente, cuya cabellera negra estaba semicubierta por un pañuelo rojo, se sentaba en el escabel que había levantado del suelo. Con amplio gesto el Pirata Negro señaló las monturas que hacían las veces de silla.

—Podéis sentaros, si tal es vuestra voluntad. Yo pongo la mesa; poned vos el líquido, caballero.

Y los negros ojos insolentes y burlones de Carlos Lezama, se fijaron en André Desmarets, mientras el barón Thierry du Montenlair y Duplessis sentábanse. Y diplomáticamente, el hijo del pirata, optó por sus modales más cortesanos y untuosos.

—No me importa reconocer, caballero—dijo, sentándose y sonriendo amablemente—, que perdí algo los estribos ante vuestra acrobática aparición. Demostradme que queda zanjado el incidente brindando por vuestros amores y los míos—y Desmarets tendió un jarro que Riquet acababa de llenar, permaneciendo en pie tras los sentados.

—Por los vuestros y los míos—dijo Lezama bebiendo a continuación un sorbo—. Aunque me creo que son distintos. Vos andáis tras templos aztecas y yo prefiero buscar la fortuna en otros lugares.

—Quizás prefiráis el combate en mar y no la lucha en tierra— dijo cautamente el barón.

—Tanto se me dan ambos azares. Pero mi motivo de no desear venerar los ídolos de salvajes es porque respeto demasiado las libertades para ser intruso en mansión de salvajes libres. Pero no lo toméis a desaire, ya que el principio de mi libertad es que cada cual

se las componga con sus opiniones mientras no invada el terreno de las mías.

—Habláis con maravillosa sensatez, caballero—dijo Desmarets.

—¿Hago mal en suponer que en vuestro elogio interviene por gran parte mi manifestación de que no estorbaré vuestra caminata hacia la muerte?

—¿Estorbar? ¿Hacia la muerte?— preguntó perplejo en perfecta simulación, Desmarets.

—Hice acto de presencia porque no me gusta escuchar por mucho tiempo ajenas conversaciones. Y creo que emitíais la opinión de que si mi velero zarpara acogeríais el esfumar de mis lonas con gran agrado. Y digo que hacia la muerte vais, porque si muchas riquezas contienen y atesoran los templos aztecas, tengo también entendido que no se entra en ellos como en residencia palaciega.

—No poseen armas de fuego y todos mis compañeros portan mosquetones y pistolas de doble cebo, de las más recientes fábricas francesas. Y en cuanto a estorbarme, no me estorbáis, caballero.

—Pero veríamos con placer el que os marcharais—dijo Duplessis, con la ruda franqueza del soldado.

—Vos tenéis poca costumbre cortesana—sonrió el Pirata Negro —. Más me place vuestra sinceridad que la parla de corte.

—Si es así—dijo Desmarets—, ¿puedo preguntaros cuándo pensáis privarnos del placer inmenso de vuestra compañía?

—Lamento replicar algo descortésmente, que lo que pienso a mí solo me pertenece. Dicho en palabras más claras: me marcharé cuando me plazca y me apetezca.

Púsose en pie André Desmarets, que a su fama de impertinente unía la poca paciencia cuando sobretodo se sentía en superiores condiciones para poder demostrar la quisquillosidad de su temple.

—¿Os dáis cuenta, señor pirata, de que vuestro velero está allí y vos aquí?—preguntó sordamente.

—¿Queréis añadir un misterio a otro que me ronda por el cacumen? Lo extraño sería que mi velero tomase vino con vos sentado en un escabel y yo bebiese agua salada anclado en la bahía.

—Dicho con la claridad que parecéis tanto apreciar: estáis solo y a un simple grito mío una cincuentena de hombres os rodearían. ¿Rebaja esto vuestra arrogancia y vuestros humos?

—Quizás rebaje vuestro cacareo el notificaros que con varios

silbidos especiales me harían compañía bastantes bergantes que son poco cortesanos tanto por sus atuendos como por sus modales.

—Un pirata, sea cual sea, nunca a tierra baja solo, señor—dijo Riquet, inclinándose sobre el hombro de André Desmarets.

—Seamos consecuentes, amigo André—dijo el barón lanzando una intencionada mirada a su amigo—. Respetemos el derecho de prioridad y puesto que nada buscamos por estos contornos, sigamos nuestro camino y dejemos el libre dominio de la bahía al señor pirata.

André Desmarets logró sonreír tras un penoso esfuerzo. Quitóse el chambergo cuyas plumas barrieron el suelo arenoso.

—Sin rencor, caballero pirata. Os cedo el lugar, puesto que ningún interés tengo en querellarme con vos.

—Con lo cual me quitáis un gran peso de encima, creedlo—dijo el Pirata Negro, levantándose y con intensa ironía en los ojos—. Buen viaje os deseo y que no blanqueen vuestros huesos en templo azteca.

A la señal de Duplessis todos los jinetes desparramados por la bahía fueron reuniéndose y poco después galopaban bota a bota Desmarets y Montenlair a la cabeza del escuadrón de aventureros.

—¿A qué obedece tanta prudencia, Thierry?—preguntó Desmarets.

—Demostrando interés por permanecer en la bahía podríamos haber despertado sospechas. Cabalguemos ahora hasta el anochecer y mañana por la madrugada regresaremos. Dad por cierto que ya entonces habrá zarpado.

—¿Y a Duplessis, cómo le explicaremos este regreso?

—Bastará decirle que quisimos cerciorarnos de que se había ido el pirata y que allí en la bahía permaneceremos un par de días para cerciorarnos aún más a fondo de que se ha esfumado definitivamente aquel intruso.

—Vuestro cerebro progresa—sonrió Desmarets. Y picando espuelas añadió en un susurro: —No conviene que te contagies de mis dotes arteras, barón.

El barón Thierry du Montenlair no pudo oírle porque el susurro del hijo del pirata se perdió entre las crines de su caballo.

* * *

El Pirata Negro vió alejarse a la nube que a modo de telón

posterior encubría la galopada de los aventureros. Comió en la playa y cuando el sol iniciaba su descenso arqueando una semiluna cegadora en el horizonte dió la orden de retirada a todos los que ocupaban las tres grutas.

Fueron desfilando los piratas hacia las lanchas y el último en llegar fué Diego Lucientes, que se aproximó al Pirata Negro.

—¿Zarparemos esta noche, jefe?— preguntó.

—Quizás sí, quizás no. Las preguntas nunca han sido de mi agrado.

—Perdona si falté a tan buena costumbre, pero es que si no zarpásemos hasta el amanecer me gustaría pasar la noche en vela rondando a la luz lunar. Sabes que es mi gran capricho.

—¿Piensas rimar trovas a tu amada imposible? A bordo puedes hacerlo también.

—Mis compañeros me atajan el libre vuelo de mi inspiración. En cambio aquí en la soledad de la gruta, hallaré abundante tema.

—Deseos de niño, promesas de borracho y caprichos de lunático nunca deben discutirse. Puedes vagar libremente por tu gruta con el espíritu, porque me da en las narices que prolongaré el anclaje, a causa de un nuevo misterio que se ha añadido al de la desagradecida altiva. — Hizo una pausa y aguardó: —¿No preguntas? Si careces de curiosidad estás enfermo..., '

—Por dos veces seguidas, incurrir no quiero en tu desagrado.

—Tu cerebro razona límpidamente. Bien, escucha, pues, y saca deducciones: Oísteis galopar de caballos, seguramente, pero supisteis no asomar las jetas. Eran exactamente cuarenta y tres jinetes dirigidos por tres franceses: dos cortesanos y un soldado.

Oí un principio de conversación desde la cima de la palmera y oí mentar a uno de los cortesanos con el apellido Desmarets. Poco después el mismo recibió el nombre de André. Y luce en el pómulo mancha sangrienta, así como en la diestra. Manchas de las llamadas “deseos”. Decían ir en pos del saqueo de un templo azteca lejano, pero en vez de seguir camino cometen la imprudencia de detenerse en la bahía solitaria donde ancla un velero que a ojos no muy expertos demuestra su condición pirata. ¿Por qué no continuaron su camino como después hicieron? ¿Por qué el gran interés en saber si dejaríamos pronto la bahía? El galán que por el nombre de André responde, tiene ojos de pérfido embustero. ¿No te parece raro un

interés por sitio tan inhóspito como ese, añadiéndolo a la extraña aparición de la ninfita acuática? Bien haces en serenar tu espíritu con rimas y madrigales.

—También hay rimas que ocultan misterio—dijo sonriendo el estudiante. Pero quebróse la sonrisa en sus labios al sacudirle de pronto en el brazo mutilado un agudo pinchazo. — Un nuevo misterio, jefe. Me duele la mano que no tengo. Dicen los cirujanos y sangradores que es algo natural en quien amputación reciente sufre, pero no quería creerlo. No volveré a ser incrédulo, por temor a que vaya aprendiendo prácticamente todo aquello de lo cual dudo.

—Cuando volver quieras a bordo, hallarás lancha encallada en la arena, y en ella dormitará el silencioso Tichli, que en nada estorbará tu... ¿cómo dijiste?...

—Mi trova misteriosa, que mañana al amanecer podré recitarte.

Si Diego Lucientes quedóse sonriendo extrañamente, también alejóse en la lancha capitana, sonriendo extrañamente el Pirata Negro. Ambos tenían muchos puntos en común.

Capítulo V

La pesadilla da Diego Lucientes

Paseó el madrileño por la playa mientras iba ennegreciéndose la desértica llanura, y poco después una lancha encalló en la arena empujada por la hercúlea mole de Tichli, el negro piloto, que del fondo de la popa sacó un barrilete y un saquito de lona conteniendo vituallas.

Y efectuada la entrega, el negro tumbóse en el banco de remos manifestándose con su gesto que él pensaba dormir, insensible a toda influencia lunar.

—No estoy de servicio. Puedes emborracharte. Eso es lo que significa el envío de ese ejemplar de hombre único llamado el Pirata Negro—fué diciendo en monólogo Diego Lucientes, mientras se encaminaba hacia la gruta donde había pasado el día entero.

—Porque no cabe duda que sólo él es quien ha pensado en remitirme pienso y brebaje. He quedado desmantelado con un remo menos, pero por bien empleado lo doy si la vida ha de seguirme ofreciendo sus emociones.

Y continuó el monólogo en el interior obscuro de la gruta, sólo débilmente iluminada por resplandores lunares que en sesgo penetraban hasta el interior. Y el discípulo entusiasta del dios Baco, fué sorbiendo del barrilito que en bandolera llevaba, hasta que con gesto de desconsuelo repiqueteó sobre el ventrudo armazón de madera que rindió un sonoro y hueco ruido de vacío.

—Acabóse el néctar — silabeó Lucientes, que cuando estaba embriagado adquiría una locuacidad inextinguible—. Ahora que mi cala está lastrada convenientemente, como diría un viejo lobo de mar, veamos si mi cerebro demuestra que recibió sanas enseñanzas en cátedras universitarias. Óyeme, espíritu lejano del dómine Ríos,

oye mi mensaje que surca los mares como gaviota rauda. Tú me enseñaste con pedantería repugnante muchas leyes físicas que de nada creí me servirían. Me arrepiento, dómine Ríos, el de lenguas barbas de chivo y antiparras hipócritas que encelaban tus ojillos de sabihondo. Si tus huesos fríos, mondos y lirondos, son sensibles a mi cálido aliento, que reconozco algo apestoso, incúlquenme en la mollera tu aliento sabio, no menos apestoso. Hay a mi alrededor lisas paredes calizas, calcáreas, de blanca cal... Blanca como la cal y quemas, dice el poema, pero no nos extraviemos que era letrilla a dama dirigida y no palabras que puedan verterse en tus castos huesos, dómine Ríos.

Algo vacilante púsose en pie Diego Lucientes y su única mano fué acariciando una de las paredes.

—¿Me prestas tu máxima y docta atención, dómine Ríos, en huesos convertido para reposo de la sufrida clase escolar? Defendías una teoría que creo llamabas la impenetrabilidad de ciertos cuerpos, verbigracia: el cráneo de un asno. Esa era tu chanza favorita con la cual me tomaste por ejemplo de impenetrabilidad. Pero eras más odioso en guasa que en serio. Quiero recordarte con benevolencia y pensaré en ti cuando te ponía serio. Un cuerpo es impenetrable cuando nadie puede pasar a su través, diría el mas lerdo de los zafios campesinos de mi Castilla. También lo es la roca sea o no caliza si presenta una lisa superficie como ésta que a tus huesos presento. Dime entonces, ¿por qué al gran caballero llamado Pirata Negro le intriga el enigma de la diablilla hierática y solemne cual idolillo pagano? Porque no recibió clase por ti explicada, dómine Ríos. No te envanezcas porque lo que acabo de decir es mentira. El Pirata Negro sigue intrigado porque no se ha pasado todo el santo día mirando como yo lo hice estas lisas paredes en las que dibujaba mentalmente frascos barrigudos repletos de mosto. Y una de las curvas abundantes vino a coincidir exactamente con algo rarísimo. ¿Dónde está la impenetrabilidad si en el espacio de un relámpago percibí dos ojos humanos y poco amables, mirar a mis compañeros a través de la roca?

La mano de Diego Lucientes fué siguiendo su exploración por toda la superficie sin resquicio de la lisa pared.

—Oigo tus huesos rechinar, dómine Ríos. Casi hieres mi tímpano gruñendo calumnias que vienen a reducirse a la afirmación de que

estoy ebrio, bebido, ensopapado, vulgo vulgaris, borracho perdido. Hasta en la tumba me calumnias, dómine Ríos. Quizás en este instante puedes creerme borracho y le lo perdono, porque también es mi profunda creencia. Pero durante este día transcurrido no pude complacerte y dar fe de tus suposiciones, porque con justiciera tiranía y prodigalidad el caballero Carlos Lezama obligóme a verter el néctar sin que labios humanos pudieran catarlo. Dicen que eso trae suerte, y el proverbio propio de taberneros codiciosos háse confirmado. Tuve la suerte de ver dos ojos rasgados, oblicuos; ojos que dicen tienen los coletudos habitantes del imperio un día visitado por Marco Polo. Siempre envidié a Marco Polo... ¡y acabo de derrotar y reducir a la nada tu teoría de la impenetrabilidad!

La exclamación de Diego Lucientes estalló cuando sus dedos tropezaron con un punto que cedió y la piedra rechinando sobre su base creó la ilusión de que la pared entera se derrumbaba, siendo sustituida por un gran hoyo negro.

—¡Ah, dómine Ríos, envídiame, como yo envidié desde mi tierna infancia los viajes de Marco Polo! Ante mí se abre la caverna de las "Mil y una noches", pero lámpara maravillosa no tengo. Huéleme a pesadilla creada por los vapores del alcohol placentero y témome que este vacío es imaginario y mi testuz chocará en violento testarazo contra nueva y lisa pared. ¡Por los manes de Marco Polo! ¡Avante!

Resbaló en la negra entrada y cayó cuan largo era proyectado hacia delante; con su única mano intentó ponerse en pie lográndolo después de tantear la pared...

Las tinieblas fueron aún más profundas al rechinar tras él la enorme piedra que le había revelado su secreto, cerrándose lentamente aislándolo de la gruta.

—Dómine Ríos—balbuceó en la obscuridad con voz temblorosa el estudiante—. Ayer tarde mi brazo perdí por meterme donde no me llamaban. ¿Qué nuevo apéndice orgánico perderé ahora? Valiente me llamó mi patrón y es hombre entendido. Si valentía es dominar el miedo frenético, en estos instantes nadie me supera en valentía porque no es posible que mayor miedo haya alentado en pecho humano jamás. ¡Pesadilla dije! ¡Pesadilla es! ¡Vade retro, ron de Jamaica! ¿Cómo puede crear en la lontananza visiones tan demoníacas?

Un lejano resplandor aureolaba fantasmagóricamente silenciosas figuras que avanzaban erguidas e implacables, surcado el rostro cruel por rayas negras y blancas, que en tiras horizontales imitaban las concavidades de humanas calaveras.

—¡Perdona mi traición, buen mosto español!—aulló sudoroso el estudiante—. Nunca más te repudiaré por vil ron jamaiquino. Si pesadillas me dabas, vino de la Mancha, eran de otro cariz menos lúgubre... Muertos que andan... ¿Do estás, pequeña ninfa blanca? En tu busca vine para aclararle misterio a mi patrón... Tres, cuatro, cinco... Cinco esperpentos de ultratumba a mi alrededor...

Dió el estudiante un paso atrás llevándose la diestra al pomo de su espada, pero las inexorables y mudas figuras pintarrajeadas abatieron simultáneamente sus manos descarnadas y blancas. Sujeto fuertemente por todos los sitios vitales, Diego Lucientes quedó inmovilizado y cinco tlascaltecas lo levantaron en vilo llevándolo así ante el inverosímil espectáculo de la capilla real donde centenares de figuras pintarrajeadas idénticamente se prosternaban en el terraplén inferior.

En lo alto, junto al ídolo monumental que personificaba al dios de la guerra, Tezcuco elevó las palmas hacia arriba. Después habló monótonamente en extraña lengua incomprensible para el semidesvanecido madrileño, que seguía en vilo al extremo de diez brazos atléticos aztecas.

Poco después su espalda se incrustaba contra una estaca formada por cráneos humanos, y manteniéndolo en pie dando frente a las cuatro puertas de oro de allá lo alto de la última plataforma, un fino bramante rodeaba sus hombros, cintura y rodillas.

—¡Despierta ya, Diego Lucientes!—gritóse el estudiante—. ¡Mucha más ración de esta pesadilla y terminaré ido de los sesos!

Seis aztecas descendieron lentamente por la escalera lateral hasta colocarse junto a la estaca donde estaba atado Lucientes. Diferenciábanse del resto de todos los congregados en el estrado bajo, en que sus rostros blancos carecían de pintura.

Y sonora y aumentado por el eco natural de la grandísima cueva, elevóse la voz pausada de Tezcucu hablando en español:

—Mis guerreros te sorprendieron cuando se encaminaban a sembrar la piadosa muerte entre tus hermanos de raza blanca.

¿Quién te reveló el secreto de nuestra serena paz?

—El dómine Ríos—replicó Lucientes—. En las pesadillas no puede contestarse humanamente, gallardo mozo que desde lo alto me hablas. Dime quién eres.

—Soy Tezcuco y Vitciloputchli es el dios que me inspira.



—Yo soy Diego Lucientes, y Baco…

—Yo soy Diego Lucientes y Baco es el dios que me ha envuelto en esta horrenda pesadilla macabra. Dame, buen Tezcuco un pescozón para que despierte

—No duermes, blanco. Vivo estás y tus sentidos lo comprenderán cuando recibas el tormento que debe sufrir quien viole el recinto de Vitciloputchli.

—¡Ella!—gritó vehementemente Lucientes, forcejeando en vano —. ¡La ninfa acuática¡

Y cuando leyó en los ojos infantiles una crueldad sin límites, crueldad que nada tenía de maligna, sino de instintiva naturalidad, Diego Lucientes comprendió repentinamente al ver a la niña destacarse de detrás de Tezcuco y descender lentamente las escaleras hacia él, que no era una pesadilla la que estaba viviendo.

Y debilitado por la brutal operación sufrida el día anterior, el exceso de ron y la terrorífica grandeza de aquel primitivo espectáculo, abatió la cabeza sobre el pecho, perdido el sentido por la emoción.

* * *

Al entrar en su camarote, el Pirata Negro contempló el batir de flancos con que la larga cola de “Satán” acompasaba roncos rugidos que su garganta emitía a intervalos acelerados.

—Llega tu pitanza, gato. La buena crianza exige no demostrar tan a las claras y rudas, tu apetito. Pero no podré inculcarte ese principio.

Con prudente ademán de expectativa, depositó en el suelo la bandeja de plata que contenía pedazos crudos de carne sanguinolenta, conservada en sal. Y mientras la fiera a zarpazos iba dando cuenta de su cena, el Pirata Negro mantuvo una de sus acostumbradas charlas con su “confidente”.

—Quince años tenía yo, “Satán”, y oí relatar a una mestiza de los altos montes panameños la narración del saqueo e incendio de Panamá por el filibustero Morgan al mando de los piratas Picard, Assolant y Desmarets.

Las mestizas panameñas emplean si es preciso días y días para narrar los episodios que alguna de ellas ha presenciado de más o menos lejos, pero recuerdo como si hoy fuera la meticulosidad con la que ella describió uno tras uno a los cuatro jefes asesinos. Según ella Picard era blanquísimo de piel y poseía ojos encarnados como tus pupilas, “Satán”. Morgan blasfemaba sin cesar; Assolant se mesaba continuamente unas barbas que muy largas llevaba y Desmarets lucía dos manchas vinosas que resaltaban en su contraste con los azules ojos y el rubio cabello. ¿Cuando tu padre, “Satán”, te contaba historias de la selva, no quedaban en tus sesos más fijas algunas imágenes que otras? Si te hablaba de carne cruda babeabas como ahora, imaginándote crujiente seda sangrienta que se fundía bajo tus colmillos. Si te hablaba de fieras innobles, quizás pensabas en seres que andan sobre dos pies. Pues yo, también tenía mis ideas particulares; y a los quince años nunca pensaba que algún día sería llamado el Pirata Negro. Todos los piratas para mí eran seres que blasfemaban sin cesar, mesándose continuamente las barbas muy largas y con tez blanquísima, en la que destacaban ojos ora azules, ora rojos, pero siempre dos manchas vinosas en el rostro y en la diestra tenían mis imaginarios piratas. Hoy ya sé que la cara nunca es el aspecto del alma, aunque los ojos pocas veces miente. Pero sí sé seguro que el pirata llamado André Desmarets tendría hoy la

larga cincuentena y en cambio el André Desmarets que hoy me ha importunado con sus remilgos cortesanos de gallo de pelea, no tendrá más allá de los veinticinco. Corrieron mucho más tarde rumores por el Caribe de que Desmarets padre había jugado una trastada a sus aliados ocultando el botín conseguido. Te parece feísimo, ¿verdad?

El leopardo, saciada su hambre, colgaba ahora una lengua rasposa y sangrienta, en muda petición al ser que satisfacía sus necesidades. Depositó en el suelo el Pirata Negro un gran jarro-cubil lleno hasta los bordes de miel, leche y pimienta con vino. La bebida que aplacaba el regusto de sangre en el paladar de la fiera...

—Sorbes con más delicadeza que muchos conocidos míos, “Satán”. Como te decía, Desmarets padre limpió como es de rigor a sus compinches... Hace quince años de todo esto, y hoy aparece por aquí André Desmarets, hijo, ocultando dificultosamente su interés porque yo abandonara la bahía. ¿Qué hay en esta desierta bahía que tanto valga? Una raquítica palmera en cuya copa a duras penas pude esconderme, tiburones, una colina pelada, tres grutas... y una misteriosa niña demasiado solemne para sus pocos años. ¿Tres grutas? En una de ellas está ahora el bravo manco. Sonreía con aire tunante al decirme que iba a escribir trova misteriosa y en su hamaca está su recado de escribir. No escribirá. ¿Para qué, pues, a su sonrisa hay que añadir su mentira? Para deducir que quiso estar solo en la gruta donde pasó el día entero. ¿Tendrá la gruta relación con el interés de André Desmarets, hijo? ¿O relación con la surgida niña?

Levantóse el Pirata Negro y descolgó un largo látigo rompecabezas cuyo extremo arrolló hábilmente alrededor del cuello de “Satán”.

—Reducirte a mísera condición de can es pasar atadijo por tu selvático cuello, “Satán”. Pero la noche es mala consejera y podrías sentirte llamar por atávicos deseos fieros. No quiero perderte, pero llevas tiempo sin pisar tierra sólida. Vendrás conmigo y averiguaremos qué clase de trova está escribiendo el inteligente estudiante. A bordo sólo hay tres seres inteligentes, “Satán”; tú el primero por derecho natural, después yo, por derecho adquirido en la escuela de la vida, y por último Diego Lucientes, porque cultivó su materia gris. Entre los tres quizás resolvamos la intriga que se

teje en la Bahía de los Tiburones.

Por la playa deslizábase un cuarto de hora después el Pirata Negro portando en la zurda antorcha que derramaba un círculo de viva luz ante él y sobre el lomo estremecido de “Satán" que desdeñoso de la larga correa que rodeaba su cuello potente, acompasaba su tranco felino a la larga zancada de su dueño.

La antorcha iluminó el desierto interior de la gruta última de los tres visitadas por el Pirata Negro, pero éste empotró en el suelo la antorcha, mientras el leopardo, sentado sobre sus cuartos traseros y elevado el hocico, gruñía sordamente en muda advertencia.

Sus pupilas rojizas no se separaban de la pared que ante sí tenía. En el suelo un barrilete yacía junto al saco de vituallas intacto. Pero todo aquello no llamaba la atención del Pirata Negro. Lo que le intrigaba era un surco sangriento que dibujaba en la pared un arabesco curvilíneo. Y junto a la lisa pared se marcaban en el suelo dos hondas huellas de tacones: los altos tacones que usaba el elegante Diego Lucientes.

—¿Besaba la pared imaginándosela su amada imposible? —preguntóse el Pirata Negro—. Y este trazo de sangre no es más que el muñón reciente rozando arriba y abajo contra la pared lisa, pero áspera. Muy excitado tenía que estar el estudiante para exponer tanto tiempo a la áspera rozadura su sensible muñón. Y tú, “Satán”, demasiado me adviertes que algo hay tras esa pared que ningún resquicio ofrece. Si el muñón de Diego Lucientes andó por aquí, siendo como es de mi misma talla, su diestra andaría palpando por ese otro lado, mientras besaba la pared. A lo más que yo me expongo es a imitar los gestos de un posible borracho, porque esta vez Lucientes no habrá vaciado el barrilito que le envié en seca tierra ingrata. Pero tú, “Satán”—y mientras hablaba la diestra del Pirata Negro enfrentado y pegado a la pared, recorría la roca—, tienes un superior sentido llamado instinto. Gruñes como cuando percibes lo que no puedo percibir: una amenaza secreta. Y dicen que infalible es la superior instin... ¡Tate!—exclamó cuando sus dedos al hundirse en una invisible hendidura, rechinaron hacia atrás la pared, que se abrió en tenebroso hoyo.

La muñeca diestra del Pirata Negro alrededor de la que se anudaba el mango en torniquete del largo látigo rompecabeza sufrió un brusco tirón al lanzarse hacia delante el leopardo, que había

cesado de pronto en sus sordos gruñidos.

El Pirata Negro siguió tras la fiera, andando a ciegas y rodeado por densas tinieblas. En un recodo del pasadizo subterráneo el fondo dibujóse halo de luz. Y echando recurso a toda su musculatura fué acortando el Pirata Negro la tensión del látigo mientras su zurda rascaba rudamente el espacio frontal del leopardo, cuya cola azotó repetidamente las botas del Pirata Negro.

—...¡Ella!—acababa de exclamar la voz de Diego Lucientes.

Desde el lugar en que se hallaba, vió el Pirata Negro, parpadeando, el más inconcebible cuadro que ni la más acalorada de las mentes embriagadas podía soñar. Los colosales ídolos de oro macizo; la multitud de aztecas prosternados en silencio, pegada la frente al suelo; las columnas de cráneos humanos; los seis sacerdotes formando a modo de tribunal ante el desmayado Diego Lucientes; allá en lo alto la hierática y solemne arrogancia del joven Tezcuco con las palmas elevadas hacia el último y más monumental de los ídolos; y descendiendo lentamente por la escalera la menuda figurilla de Iolo, la misteriosa niña...

Los sacerdotes entonaron una salmodia monorrítmica, mientras Iolo llegaba frente a Diego Lucientes y, en pie, inmóvil, aguardaba...

Por fin, Diego Lucientes sacudió la cabeza, miró a su alrededor y enseñó los dientes en irónica sonrisa.

—¿Cuándo va a empezar el festejo dado en mi honor? Cantan mal estos belitres.

Iolo volvióse hacia lo alto, donde la solitaria figura de Tezcuco se recortaba contra el fondo de las cuatro puertas de oro.

—El blanco, ¡oh, gran Rey!—dijo la niña—ha enseñado sus dientes con la mueca que dice Huitzi hacen los blancos cuando están en buen estado de salud y ánimo.

—Si el gran rey es el mozo de allá arriba, será muy crédulo si puede suponerse que estoy en buen estado de salud y ánimo, Pero procuro gallearme como creo lo haría el Pirata Negro si en semejante trance se viera.

—Habla, Huitzi—conminó Tezcuco— Y que el blanco que pronuncia palabras incomprensibles sepa que fin le aguarda, por haber osado violar la serena paz de nuestra esperanza.

Huitzi avanzó dos pasos y elevando las palmas de las manos dijo:

—Tu corazón será liberado de su cárcel de carne por las sagradas manos inocentes de Iolo, la gran rosa del gran árbol en forma de corazón.

—Me basta con la primera parte, gran chambelán — tembló Diego Lucientes—. No te molestes en anunciarme el resto.

—...y el licor del ocozotle curará la herida y mezclándola con jugo de xilo perfumará suavemente tu corteza carnal. Tal es la voluntad de Vitciloputchli. Antes de que Iolo empuñe el sagrado cuchillo puedes invocar a tu dios, y si él quiere salvarte, Vitciloputchli acatará la voz del más fuerte.

—¿Y esa niña va a abrirme el corazón?—preguntó Diego Lucientes en cuya frente perlaban gruesas gotas de sudor—. No seáis tan insensibles a su infantil inocencia y esperad al menos para ejecutarme a que la mocita cumpla algunos años más.

Un sonoro rugido llenó los ámbitos de la enorme capilla cóncava; pero ningún azteca levantó la frente porque mientras no vibrara la lámina de oro serían pasto de la serpiente vengadora si mirasen hacia donde los seres sagrados se hallaban.

El Pirata Negro y el leopardo pisaron el terraplén de los sacrificios con idéntico salto felino. Y manteniendo corto el látigo, el Pirata Negro miró rectamente hacia lo alto...

—Invocada mi presencia, aquí estoy, ¡oh, gran Rey! Y tu dios ha hablado diciendo que la vida de este blanco no es tuya porque perdió su brazo entre dientes de tiburón ayudándome a salvar a Iolo.

La voz del Pirata Negro acalló el rugido del leopardo. Los seis sacerdotes tocaban con sus frentes el suelo, arrodillados. Y la misma Iolo imitaba la reverente actitud...

Diego Lucientes, sin respiración ni habla, musitaba por vez primera en su vida fervientes oraciones henchidas de sincera fe en los milagros...

—Las tres encarnaciones protectoras de Vitciloputchli han sido tus heraldos, ¡oh, mensajero de Tenochtitlán!—habló lentamente Tezcuco—. La serpiente te prestó su deslizar para penetrar en nuestro recinto; el águila se simboliza en tu faz y llevas como pregón de tu inviolabilidad al jaguar sagrado encadenado a tu diestra.

—Por eso Iolo no pereció en las fauces de los escualos—exclamó

el Pirata Negro—. ¿Quién sino un mensajero de tu dios podía salvarla de muerte tan cierta? Fué advertencia de tu dios: si la paz de tu refugio quieres conservar, no permitas que Iolo vuelva a salir hollando tierra mancillada por pies de blancos enemigos. Y, cumplida mi misión, partiré con la nave que arriba se perderá.

—¿Por qué “Medio Brazo” no me comunicó su inviolabilidad?— preguntó, incomodado, Tezcuco.

—Porque no tenía poderes para ello hasta que mi presencia no os llevara el mensaje de tu dios que os proclama sus elegidos y profetiza luengos ciclo lunares de paz mientras no abandonéis vuestro recinto. Y si algún peligro os amenazara de nuevo, tu dios me enviaría a comunicaros sus deseos. La paz de las alturas os cobija, ¡oh, gran rey!



...y a paso poco majestuoso...

—¿Qué sacrificios impetra Vitciloputchli para calmar la imprudencia de mi hija Iolo?

—En su gran sabiduría, tu dios proclama la tierna edad de Iolo y perdona. Queda en paz, ¡oh, gran rey!, y cuando se apague el eco de nuestras pisadas ordena que tus sacerdotes sellen la entrada de la gruta, por la que la serpiente me prestó su deslizamiento.

Con su puñal el Pirata Negro cortó el fino bramante y Diego Lucientes le precedió, andando a paso poco majestuoso. Y en la

playa el resto de fuerzas que quedaban en el resquebrajado ánimo del estudiante fueron empleadas en avivar la actividad de Tichli manejando los remos.

Una vez en cubierta, el Pirata Negro dió la orden de levar anclas y tensar velas hacia el Norte. Y en el castillete de proa un contrito y apesadumbrado Diego Lucientes vino cabizbajo a murmurar excusas.

—¿Por qué, “Medio Brazo”? A ti te debo la mayor de las visiones que humanos ojos nunca pudieron vislumbrar.

—Por mí te expusiste a morir, jefe.

—Quizá antes por mí tú te expusiste a lo mismo. La realidad es que si todos los hombres poseyéramos el sano espíritu crédulo de los aztecas, andaríamos mucho mejor.

—¿Adivinaste que te tomarían por mensajero de… ese dios?

—No. Vine sólo a pedir vida por vida, usando algo del artificio. Pero la adoración de los sacerdotes me ilustró. O una de dos: o me adoraban a mí o a “Satán”. Sólo yo podía hablar y lo hice…

—Maravillosamente. Llegaste a darme la seguridad de que realmente eras mensajero divino. Porque, ¿de qué otro modo podías haber dado conmigo si la pared se cerró tras mí?

—La serpiente me prestó su astucia. Y ahora no abusemos de los poderes del buen Vitciloputchli. Desde más lejos podremos igualmente acechar qué misión se trae André Desmarets…, que ése sí te certifico ningún mensajero celestial es.

Capítulo VI

Do tal palo tal astilla

Al amanecer de la noche en que Diego Lucientes había vivido una pesadilla real, la tropa a caballo, encabezada por André Desmarets y el barón, llevando a la zaga a Duplessis y el viejo Riquet, se detuvo, desmontando en la playa y dando la espalda a la colina.

Fué con un suspiro de alivio que André Desmarets acogió los remolinos que anunciaban la lejana presencia de los tiburones en la desierta bahía.

—Cumplió su palabra — dijo Duplessis—. Y ninguna vela hemos oteado en nuestro camino costero, con lo que podemos dar por seguro, caballeros, que el pirata remontó al Norte, rumbo a una de sus islas.

—Pero no por eso hemos de confiarnos excesivamente — dijo Desmarets—. Permaneceremos aquí un día, cuando menos, y más seguros quedaremos. Que los hombres se distribuyan como ayer, vigilando el mar. De tierra ningún ataque puede provenir, dada la lisa estructura del terreno. Sería conveniente, caballero Duplessis, que vos estuvierais al cuidado de los hombres, mientras nosotros dos y mi criado recorremos la colina, desde cuya cumbre cierto estoy que se divisa a lo lejos.

Duplessis, sin recelo, fué a cumplir lo deseado, y los dos amigos contornearon la colina. Con sequedad en la garganta, André Desmarets apoyó sus dos manos en los hombros del viejo servidor.

—Ahora, mi buen Riquet, esmérate en recordar. Nos dijiste que desde tu lancha comprobaste que mi padre y su piloto entraron en una concavidad de la parte posterior de la colina, en dirección noroeste. Mira bien lo que dices, porque ahora nos hallamos en el

lugar por ti señalado.

—Desde donde estaba mi lancha sólo podía verse el extremo noroeste, y era en este extremo donde asomaba el escaso fulgor de la antorcha que vuestro padre llevóse.

—Pero no podemos excavar toda la escarpada ladera, mi buen Riquet. Sería labor de años.

—Forzosamente tuvo que ser en esta gruta, señor. Porque es la última mirando al noroeste, y la escasa luz que asomaba proyectada por la antorcha daba un círculo, como las luces de bajo puente que dibujan las ojivas de la madera. Una antorcha al aire libre oscila y se extiende desparramada, fundiéndose por igual hacia el suelo que hacia lo alto. Era, por tanto, una gruta, y seguramente, sin temor a equivocarme, sería ésta la que cobijó a vuestro padre durante largas horas antes del repentino ataque de los salvajes.

—Me enorgullece que seas hijo de Francia, mi buen Riquet, por la excelente superioridad de tu inteligencia.

—Tanto tiempo andé pensando en esto durante quince años, que justo y natural es que os asombren deducciones que son fruto tan sólo de largas meditaciones, señor—dijo modestamente Riquet Godin—. Por lo demás, siempre he sido un ignorante campesino convertido en hombre de mar por fidelidad a vuestro difunto padre.

—Es cosa que recompensaré adecuadamente, mi buen Riquet. Por última vez, ¿quieres cerciorarte de si realmente es éste el lugar que viste desde tu lancha? ¿Estabas, pues, oculto tras aquel promontorio? — y Desmarets señaló el cabo septentrional de la bahía.

Riquet miró en la dirección señalada, mientras afirmaba repetidamente con la cabeza. Una de sus mudas afirmaciones quedó sin terminar porque la culata de la pistola de André Desmarets se abatió brutalmente en la nuca del pobre anciano, que tambaleóse con infinita expresión de asombro.

Repitió el golpe fríamente el joven francés, y Riquet Godin cayó tendido de bruces, formándose un charco de sangre alrededor de su cabeza en la misma entrada de la gruta.

El barón Thierry du Montenlair sonrió con nerviosismo, aunque con maligna satisfacción.

—En el fondo, era un pobre viejo estúpido — dijo André Desmarets, a modo de oración fúnebre.

—Acertasteis mi pensamiento, André — afirmó el barón—. Un día, en Francia, si vuestra fortuna llamase la atención, Riquet podría haber dicho su origen, y el Estado os hubiera confiscado los bienes que, en justa legalidad, siendo fruto de rapiña piratesca, no pueden ser heredados.

—Os ha mejorado mucho ese viaje conmigo, Thierry. Razonáis como un sensato—dijo Desmarets, impertinentemente.

—Ventajas de asimilar las enseñanzas que vos me dais—rebatió con flema el aristócrata que, nacido en alta cuna, enlodó sus blasones.

—¿Habéis pensado en qué pretexto invocaremos ante Duplessis para razonar la muerte de Riquet, mi buen criado Riquet?

—Ved esta ladera; hay en ella distintas piedras de buen tamaño amontonadas. Colocando algunas de ellas sobre la cabeza de Riquet con alguna fuerza, lamentaremos al unísono la terrible desgracia, comprensible en un anciano que, por su molesta fidelidad a ratos intempestiva, quiso acompañarnos hasta la cumbre de la colina. Su pie resbaló, cayó hacia atrás y desmoronáronse sobre él las piedras que lo mataron. ¿No os enternece tal desgracia, amigo André? — y, burlón, Thierry fingió secarse una lágrima.

—Habéis tenido la más excelente de todas vuestras recientes ideas. Planeaba algo parecido, pero no con tanta perfección y lujo de detalles. Eso de la lágrima oportuna ablandará el rudo corazón soldadesco de Duplessis. ¿Echamos una ojeada a nuestra gruta y a nuestra enterrada fortuna?

El barón Thierry du Montenlair entró codo a codo con André Desmarets, pero olvidó una precaución: no dejar de mirar de soslayo para perder un segundo en observar el suelo calizo.

—¡Maldit...!

Ferozmente y casi con saña André Desmarets chocó por tres veces la culata de su pistola contra la base del cráneo de su íntimo amigo, y, contemplando los estertores agónicos del barón du Montenlair, caído en la entrada de la gruta casi junto a Riquet, el hijo del pirata rió con gutural risa nerviosa.

—La mitad era mucho como premio a traerme solamente un paquetito de mugrientas cartas que todas decían lo mismo, barón. El dinero que mi honorable padre supo ganarse con el honrado sudor de su frente no podía servir a rescatar tus pérdidas de juego

ni tus escándalos mujeriegos. Era injusto querer compartir la hacienda de los Desmarets, y empezabas a tener demasiadas ideas rebosantes de perfidia. Mal camino tomabas, barón. He velado por el nítido armiño de tus blasones.

Iba Desmarets hablando, mientras con secos golpes aplastaba los cráneos de Riquet y Thierry bajo distintas piedras que atraía hacia sí de la base de la colina. Subió un poco por la pendiente y fué haciendo rodar varias piedras más. Contempló desde aquella altura el espectáculo y frotóse las manos como el artesano satisfecho de su labor.

Un alocado joven corrió poco después, exclamando grandes gritos y lamentos, con tales gestos de desesperación que el encallecido Duplessis acercóse con solícito semblante a toda prisa.

—Pero..., ¿qué os pasa, caballero Desmarets?

—¡Oh..., es horrible! ¡No puedo ni contároslo!... ¡Corred..., ved si algo queda por hacer para salvar a esos infelices!... Resbalaron los pies de mi buen Riquet, de mi pobre Riquet, y en su caída arrastró a mi amigo el barón... Creo que me faltan los sentidos, caballero Duplessis... Perdonad.

Muy caballerosamente, André Desmarets cayó al suelo doblándose por las rodillas. Y sólo abrió los ojos con extraviada mirada cuando dióse cuenta que ya Duplessis había regresado de su inspección.

—Horrible tragedia, en efecto, caballero Desmarets—y el soldado ayudó a levantarse al joven, que apoyó su frente en el hombro de Duplessis.

—Debéis excusarme... Ha sido vergonzoso mi desmayo...

—Es sólo prueba de vuestro gran afecto por vuestro amigo y vuestro criado. En nada desdice, sino muy al contrario, la emoción que habéis resentido de vuestra hombría. Amistad tan sincera desearía yo poseer, caballero Desmarets.

—No dudo que la mereceréis, caballero Duplessis, y me siento muy inclinado a concedérosla muy pronto... Y ahora que ya estoy repuesto, cumpliré yo mismo con mis propias manos ese deber sagrado que me impongo de dar esa noche sepultura a esos dos amigos míos que tan solo me dejan.

—Es excesiva vuestra bondad, caballero Desmarets. Cualquiera de mis soldados de fortuna podrá serviros de excavador.

—No, no insistáis caballero Duplessis. Sería ofender mi último homenaje por el accidente que no estuvo en mis manos evitar. Y ahora, si me lo permitís, me aislaré para rezar por la eterna salvación de los que fueron vivos ejemplares de bondad y gentileza.

A media tarde Duplessis examinó la silueta de André Desmarets, que continuaba en la misma posición desde el momento del accidente. Sentado bajo la palmera y cabizbajo con mística expresión.

—Devoto caballero, a fe mía—musitó el soldado, cuya mentalidad era incapaz de imaginar acciones excesivamente complicadas con artes de disimulo—. La amistad no es aún palabra huera de sentido mientras existan almas sensibles como la del caballero Desmarets.

El caballero Desmarets sentíase capaz de continuar en su "mística" meditación hasta que el crepúsculo cayera, porque su único tormento era evitar que en sus labios se dibujaran placenteras sonrisas mientras iba evocando los paraísos que le aguardaban cuando, tras cerciorarse del emplazamiento de los cofres, con la excusa de dar sepultura a sus entrañables amigos, le comunicase a Duplessis que había abandonado su proyecto de proseguir la expedición contra los templos aztecas de las cumbres lejanas.

Demasiado afectado por el triste fin del barón y su criado, había decidido regresar a Veracruz y desde allí partir para Francia... y días después podría fletar un velero y recoger los cofres...

De pronto, su semblante adquirió un aspecto plenamente entristecido, y fué muy poco piadosa la interjección que de su boca brotó cuando en la entrada de la bahía recortáronse las blancas velas de un barco que enfilaba su proa en dirección a la playa.

—¡Otra vez ese insolente Pirata Negro!—rugió, corriendo hacia Duplessis y asiéndole del brazo.

—No. El barco que ahora ancla es un bergantín, caballero Desmarets.

Y en nada se parece al Pirata Negro el hombre que manda la maniobra desde el castillete de órdenes. Esa larga barba blanca es palpable muestra de que un nuevo visitante ha elegido, no sé con qué fines, la Bahía de los Tiburones.

Capítulo VII

Entre pillos...

Desde la playa, André Desmarets fué contando las largas lanchas que, separándose del costado del bergantín, acercábanse a tierra.

—Setenta hombres con sables de abordaje y un verdadero arsenal en la faja—pronunció en tono quejumbroso el joven francés —. ¿A qué vendrán aquí?

—No os devanéis en balde los sesos, caballero Desmarets. Pronto lo sabremos, y si son setenta en son de pelea, cuarenta jinetes cuentan doble.

De la primera lancha saltó con bastante agilidad, para hombre de blanco cabello, un alto individuo sin arma ninguna, al menos visible por entre los pliegues de la holgada vestimenta, compuesta de blusón marinero y ancho pantalón bombacho que caía sobre sus pantuflas turcas.

Una trenza blanca colgaba a su espalda, y mientras los restantes individuos de las lanchas desembarcaban, el anciano de extraño atuendo quedóse mirando la colina mesándose la larga barba blanca.

André Desmarets, a pie, avanzó hasta llegar a la altura del anciano, al que saludó ceremoniosamente.

—Soy el caballero André Desmarets, de noble casa francesa. ¿A quién tengo el honor de saludar?

—Humilde servidor vuestro es el viejo Labiche, marsellés traficante.

—¿Traficáis acaso en armas, mi buen Labiche?—preguntó en tono protector Desmarets, tranquilizado a medias por el inocente aspecto del viejo.

—¡Válgame el cielo, caballero! — protestó Assolant, con

asustada expresión—. Comercio en especias y frutas…

—Escusadme si la pregunta os escandalizó, pero al ver a esos hombres que os acompañan nunca pude figurarme que las especias y las frutas requirieran tanta protección.

—Es orden que me impusieron los armadores. Dicen que por estas aguas pululan bandidos de la peor clase llamados piratas, y en bien de los intereses de mis dueños debo sostener una escolta armada, muy contra mi gusto personal. Estimo que las personas que hacen de la decencia su credo de vida diario no necesitan emplear armas mortíferas.

Y mientras se mesaba la luenga barba venerable, Assolant miraba candorosa pero insistentemente a los cuarenta jinetes replegados en orden de combate bajo la dirección de Duplessis.

—Soy cadete francés de los mosqueteros del Rey, mi buen Labiche. Y exploro en servicio secreto esta comarca. Mantened la mayor de las reservas. También os debo decir que ronda por las cercanías un pirata sanguinario llamado el Pirata Negro.

—¿Un hombre de raza negra?

—No, no. Le llaman así porque creo prefiere emplear vestidos negros. En cuestión de vestidura cada cual tiene su propio parecer, ¿no lo estimáis así, mi buen Labiche? Y decidme, si no es indiscreción: si tanto les teméis a los piratas, ¿por qué desembarcáis en costa infestada por ellos?

—Agotamos nuestra provisión de agua, y si primero pensaba mandar sólo unos hombres con barriles, al ver tanto jinete preferí emplear la escolta. Pero, aclarado todo, se desvanece el error.

—¿Aclarado todo? Desvariáis, mi buen Labiche. ¿Agua en este terreno calizo?

—Atended a la experiencia de mis largos años de singladuras comerciales. Nunca os fiéis de las apariencias de una tierra, por más árida que parezca. Donde se yergue esta colina, es principio de orden natural que manantiales subterráneos serpeen por su interior.

—Me jacto de conocer la Historia Natural y los accidentes geológicos, y nunca oí decir tal cosa.

—Acepto vuestro criterio. Dejemos a nuestros hombres en amable compañía mutua y hacedme el honor de ofrecerme el brazo. Desearía ver el contorno de la colina…

Tanto los jinetes como los hombres de a pie coincidieron en la

simultánea observación alarmada de un punto en la dirección Norte. Cincuenta hombres armados, a cuyo frente iba un pirata de rojo pañuelo anudado tras la nuca, precedido por un leopardo mantenido por largo látigo rompecabezas enrollado a la muñeca del cabecilla, se acercaban a paso rápido, y, obedeciendo a una seca orden, se detuvieron unos cien pasos de los dos bandos.

El Pirata Negro avanzó acompañado por Diego Lucientes. La cercanía del leopardo brincando elásticamente hizo dar un retroceso prudente a varios de los hombres de Assolant.

—Es nuestro sino encontrarnos sin desearlo, caballero—saludó el Pirata Negro a la usanza pirata, llevándose la mano zurda al hombro opuesto e inclinando levemente la cabeza ante André Desmarets.

Assolant se mesó la barba con ademán meditativo, mientras Desmarets procuraba dominar el intenso furor que íntimamente le roía el pecho.

—¿Venís a por agua también, señor pirata?—inquirió con impertinencia.

—No sabía que era agua lo que solicitaban vuestros jinetes.

—Eso es lo que solicita ese buen viejo—gruñó Desmarets, señalando a Assolant, que cabeceó asintiendo patriarcalmente.

—Para tan buen cortesano que sois, olvidasteis presentarme a ese noble anciano—dijo el Pirata Negro, sonriendo amablemente.

—Es Labiche—dijo desdeñosamente Desmarets—. Comerciante en especias y frutas. Tal como me lo dice os lo digo.

Repitió ante Assolant su saludo pirata Carlos Lezama.

—Poseéis un bergantín de magnífica estampa guerrera, señor Labiche—dijo el Pirata Negro—. Artillado a proa y enjarciado por todo lo alto. Con tal barco nadie os negará agua.

—El caballero mosquetero sostiene que la colina no puede contener manantiales subterráneos. Vos, ¿qué opináis, señor Pirata?

—¡A fe mía que esto pasa de la raya!—bramó Desmarets—. Antes temblabais mencionando sólo por el nombre a esos bandidos, que es vuestra expresión, llamados piratas. Y ahora que ante vos tenéis a uno, le pedís parecer sobre vuestra ridícula búsqueda de agua en desierto.

—El hombre no es nocivo mientras no quiera serlo. Y el señor pirata viene acompañado por gente pacífica que, como la mía y la

vuestra, permanece quieta. Es, ¿cómo diríamos?, los pesos distintos que equilibran el fiel de la balanza. Y perdonadme la comparación comercial.

—Bien. No estoy dispuesto a oír discusiones comerciales o acuáticas—chilló Desmarets—. ¿No queríais ver la colina, mi buen Labiche? Apoyaos en mi brazo y terminemos pronto esta enojosa intrusión.

Assolant se apoyó en el brazo ofrecido a desgana y miró con expresión soñadora al Pirata Negro.

—¿Os choca la palabra intrusión, señor Labiche?—preguntó Carlos Lezama. Es vocablo favorito del caballero Desmarets. Ayer tomó posesión de mi mesa y mi escabel, y me acusó de intruso, y ahora a vos os acusa con tanta improcedencia.

—Interpretáis mal mis palabras—dijo Desmarets, dando a su rostro una expresión compungida. Debo cumplir un alto y sagrado deber dictado por honda amistad. Mis dos mejores amigos han sufrido muerte accidental al despeñarse sobre ellos, en caída provocada por un mal paso de mi criado Riquet, las piedras de la ladera de la colina. Debo enterrarlos, y me parece una profanación de su definitivo reposo el que turbemos el silencio que les rodea.

—Sentimiento que os honra — dijo Assolant, pero lo que dijo a continuación apagó la esperanza de Desmarets—. Y deberéis permitirme que os acompañe en vuestras oraciones sobre los cuerpos de vuestros dos amigos.

—¡Sea, si así lo deseáis!...—clamó Desmarets—. ¿Os acompañará vuestra escolta?

—No es preciso. Considero que es demostración de nuestros amistosos sentimientos el buen orden en que nuestras tres escoltas se mantienen a la debida distancia respetuosa. ¿No opináis así, señor Pirata?

—Me inclino ante vuestra luenga barba blanca. Donde la ancianidad habla, la juventud debe enmudecer.

—Me conforta poder comprobar que calumnian a muchos piratas, al oíros expresaros tan honestamente. ¿Vamos, mi buen caballero?

André Desmarets echó a andar con más rapidez de la que correspondía a quien prestaba el apoyo de su brazo a un anciano. Al pasar ante Duplessis, ordenó:

—Aguardadme aquí, caballero Duplessis.

—Haz lo mismo, mi buen Costaud—dijo suavemente Assolant a su segundo.

—Eco me hago—dijo el Pirata Negro dirigiéndose a Lucientes.

—Pero, ¿pensáis también pegaros a mis tacones?—barbotó indignadísimo André Desmarets.

—No me llaméis intruso otra vez—sonrió el Pirata Negro—. Sería no respetar el fiel de la balanza simbólica del señor Labiche el que yo me quedase con mis hombres.

—Si tuvierais la bondad de privaros de la compañía del leopardo, quizá, más disfrutaríamos de vuestra propia compañía—dijo Assolant con plácido ademán de excusa.

—Sacrificaré los oídos de las escoltas. Los rugidos de "Satán" no son escasos cuando se encuentra alejado de gente de confianza.

Cuando en la palmera quedó sólidamente trabado por el cuello con doble vuelta de la irrompible tira del ancho látigo, una cacofonía de rugidos y bramidos expresó a las claras la poca complacencia de la fiera.

Y los tres hombres se dirigieron hacia la ladera posterior de la colina.

Desmarets pegó un taconazo en el suelo.

—¿No estáis aún convencido de que esta tierra no puede contener agua ninguna, mi buen Labiche?

—Veo allí el orificio de una gruta. Cuando era niño allá en épocas mejores, solía jugar a la exploración de cavernas. Era raro que no se hallase en alguna de ellas dos tesoros inapreciables: manantial cristalino o ricos botines enterrados. Si, para un niño es siempre un botín encontrar aunque sólo sea un hueso que algún perro escondió.

Desde el umbral, y apoyado siempre en el brazo de Desmarets, examinó Labiche el interior de la primera gruta.

—No; no hay señal de agua—reconoció.

—¿Lo veis? ¿Acaso pensabais que yo fuera capaz de engañaros?

—Pensarlo sería una injuria de la que soy absolutamente inocente. Pero sigamos dando la vuelta. Después me retiraré con la conciencia tranquila.

Ante la segunda gruta hizo Assolant parecido comentario, pero en la tercera se inclinó reverente, mirando los dos cadáveres cuyas

cabezas desaparecían por completo bajo un hacinamiento de piedras.

—Tétrica imagen de la muerte para quien como yo está poco familiarizado con ella. ¿Se despeñaron llevando a cuestas cuantas piedras pudieron recoger por el camino?—preguntó Assolant, que desde hacía un minuto no poseía mano derecha, que estaba hundida entre los amplios pliegues de su blusón.

—Juzgo de muy mal gusto tan macabra broma ante el cuerpo insepulto y aún caliente de los dos seres que yo más quería en este mundo.

—No os acaloréis, caballero Desmarets—intervino el Pirata Negro—. El señor Labiche ignora, por suerte, lo que es despeñarse por una ladera como ésta. Y no deja de ser instructivo el ver cómo dos cuerpos despeñados sólo bajaron cuesta abajo andando sobre la cabeza.

—¿Hablemos con claridad?—inquirió Desmarets, lívido—. Harto estoy de insinuaciones. ¿Cuál es la intención de vuestra broma, señor Pirata?

—Las rocas son calizas y la ladera también lo es. Los vestidos de esos dos muertos están vírgenes de toda huella caliza, y, en cambio, sobre sus pobres cabezas se apiña ordenadamente un montón de piedras.

—Los pensamientos tortuosos son impropios de caballeros. Por eso prefiero ignorar lo que pretendéis insinuar. Vámonos, mi buen Labiche, ahora que estáis ya convencido que no hay agua ninguna, y dejemos al señor pirata que dé rienda suelta a su imaginación.

—No estamos entre pillos que se zahieren con insinuaciones —decretó Assolant—. Al menos de nosotros tres hay uno que puedo asegurar no es un pillo.

—Y ese uno se va—anunció el Pirata Negro.

Pero al marcharse no presentó la espalda, sino que fué retrocediendo mirando a los dos hombres, que se quedaron inmóviles contemplando la diestra del Pirata Negro apoyada sobre la culata de su pistola.

—¡Que desfachatez!... — exclamóse Desmarets, cuando desapareció el Pirata Negro.

—Sí, exageró al asegurar que él era el único que no era un pillo, pero, comparados contigo, André Desmarets hijo, él y yo somos casi

dos criaturas torpes y balbucientes. No te muevas, porque llevo un buen instante apuntando a tus costillas, y no quisiera que ocurriese un nuevo accidente.

—¡Estaba cierto que tu pretexto de buscar agua era una infame trampa! ¿Quién eres, maldito viejo?

Assolant siguió mesándose la barba meditativo, pero en su diestra una pistola movióse de arriba abajo señalando la entrada de la gruta.

—Me llaman Assolant, y tu padre se olvidó de legarme la mitad de lo que me pertenece. Condesciendo en otorgarte la otra mitad. Entra ahí dentro y discutiremos comercialmente un buen acuerdo. Entre pillos... no cabe engaño.

André Desmarets reculó lentamente hasta sentarse al fondo de la gruta. Assolant sentóso frente a él mesándose la larga barba blanca con mano tan firme como la que empuñaba el pistolón asestado contra el pecho del hombre que por espacio de quince años había aguardado con idéntica fidelidad tenaz que Riquet Rodin..., aunque por distinto móvil.

Capítulo VIII

Manantiales subterráneos

André Desmarets se encogió de hombros con fatalista ademán.

—Si tú eres Assolant, no comprendo a qué vienen tus añagazas, simulando ser mercader, primero, y buscar manantiales secretos, después. Respeto demasiado la memoria de mi padre para no cumplir lo que me ordenó en su testamento, donde manifestaba que se arrepentía de su desliz, que cometió bajo la influencia de una pasajera debilidad, y me conminaba a compartir contigo, ya que Picard murió y Morgan es gobernador de Jamaica. Bastaba con que hubieses llegado a mí franca y noblemente, Assolant. Me apena tu comportamiento.

—No te ofendas, muchacho. Los viejos tenemos también la debilidad pasajera de desconfiar siempre Pero en tu honrado semblante brilla la más completa de las rectitudes. Olvidemos lo sucedido y pensemos sólo en ultimar nuestro acuerdo. Pero antes desembaracémonos de estos dos cadáveres. Eres joven y fuerte; cava la tumba de tus amigos con el recio puñal que pende de tu cinto.

—Deja que los cuervos se los coman. Los muy traidores quisieron atacarme para apoderarse del tesoro.

—Hasta los cuerpos de los traidores necesitan tierra donde descansar, muchacho. Y a la vez excavando podremos hallar el tesoro de que antes hablé, ¿recuerdas? Quiero que tengas en mí toda la confianza que en ti tengo. Quédate a solas mientras yo saldré a vigilar que nadie interrumpa tu doble labor.

Assolant fué retrocediendo hacia la salida e instantes después se encaramaba en la ladera de la colina, sentándose en los hoyos de piedras frescamente removidas que habían sido utilizadas para el “accidente”.

Mesábase las barbas mirando meditativo el suelo a su alrededor, cuando de repente quedóse rígido. Por una estrecha ranura abierta en el suelo había sorprendido reflejos áureos de colosales proporciones.

Mientras en la gruta el puñal de André Desmarets chocaba en su frenética excavación con restos humanos blanquecinos: dos esqueletos, uno de los cuales llevaba, colgada de una vértebra costillar, una cadena enmohecida de la que pendía herrumboso tubo de latón...

Cuando terminó de leer la carta que su padre le escribiera por una noche de diciembre de 1685, André Desmarets introdujo de nuevo el pergamino crujiente en el interior del tubo de latón.

Y en la fosa colocó los dos cadáveres de Riquet y el barón. Volvióse sudoroso por el ejercicio y cierto temor hacia la figura que con bonachona sonrisa le contemplaba desde el umbral de la gruta sin dejar de empuñar aquel odioso pistolón.

—Tu labor toca a su fin, André Desmarets. La amistad debe ser perenne hasta la misma muerte...

—¡No, no!—gritó Desmarets—. Te daré todo el tesoro..., todo...

—Tu tesoro ya no me interesa. He descubierto un inesperado manantial subterráneo. ¿Ves como había un filón bajo la colina? Lo dije para tener algo que decir, y la Providencia ha colmado con creces mi suposición sin fundamento. ¿Por qué me miras tan desconfiado?

—Temí... que te olvidaras del pacto que concertamos—dijo Desmarets con medio cuerpo asomando por el borde de la fosa.

De pronto, gritó nerviosamente el joven francés y, echándose a un lado, disparó por dos veces con su pistola de doble cebo.

Assolant cayó hacia delante de bruces y André Desmarets lanzó un aullido triunfal.

—¡Le harás compañía a mi padre, maldito viejo!—gritó, temblando excitado después de los instantes de depresión nerviosa.

—A ti te pertenece ese cometido—dijo plácidamente Assolant, y su pistolón vomitó un certero plomo que destrozó la frente de André Desmarets hijo.

Assolant levantóse sacudiéndose los bombachos y el blusón.

—En mis tiempos los jóvenes respetábamos siempre la mayor experiencia de los ancianos. ¡Cómo cambian las costumbres!

Con el pie fué echando tierra en la fosa, mesándose meditativo la barba.

—Las intenciones malévolas adivínanse en los ojos de los que aún no han aprendido la enseñanza de conservar siempre la misma expresión, André Desmarets hijo. Tu padre era un felón, pero tenía mucha más listeza que tú. Si él hubiera empuñado tu pistola, no habría notado por sus ojos su deseo y tampoco habría podido echarme de bruces con la requerida oportunidad. Cierto estoy que en el infierno tu padre te amonestará severamente por haber querido engañar al viejo Assolant.

Un cuarto de hora después, sin prisas, alisaba con sus pantuflas la superficie bajo la que yacían cinco cadáveres.

—A cadáver por cofre no es un tesoro muy caro. Pero no lo despreciaré, aunque primero tengo que atender al manantial subterráneo.

El anciano que llegó a la playa donde seguían a la expectativa los ciento sesenta hombres divididos en tres grupos distantes semejaba más que nunca un plácido y venerable viejo.

El Pirata Negro, sentado contra el tronco de la palmera, devolvió la amable sonrisa con la que Assolant le saludó. El viejo pirata abrió los brazos y, contemplando a Duplessis, movió disgustado la cabeza.

—Creo que vuestra misión terminó, caballero. ¿No estabais a las órdenes del caballero Desmarets?

—Nada os importa, anciano.

—Cierto, ciertísimo. Pero era en vuestro bien que deseaba comunicaros que el caballero Desmarets ha sufrido un accidente del que nunca se repondrá. Apenado profundamente por la renovada visión de sus dos amigos exánimes y sin vida, sufrió un colapso, del que desgraciadamente no pude salvarle.

—Oímos perfectamente un disparo—dijo Duplessis con sequedad —. ¿Cómo lo explicáis?



—Creo que vuestra misión terminó...

—Una obra de misericordia. Me apenó contemplar los sufrimientos del infortunado caballero y accedí a la muda súplica que leí en sus ojos. Lo hubiese hecho con un perro; ¿no iba a hacerlo con tan honesto y sensible caballero?

Duplessis hizo caracolear a su potro con hosco semblante.

—Dominad los nervios del alazán que montáis, Duplessis— advirtió plácidamente Assolant—. ¿Veis la borda de estribor del bergantín? Hay allí veinte culebrinas cuyos artilleros aunque también nerviosos, tienen pulso certero. ¿No creéis que es ya innecesaria vuestra presencia, dado que el caballero Desmarets ha dejado de soportar esta innata existencia? Yo, en vuestro lugar, atendería el sabio consejo de mi larga experiencia. La ruta de Veracruz está libre, y yo no tengo ningún especial empeño en reteneros. Dadle rienda suelta a vuestro fogoso alazán, y todos saldremos ganando.

Duplessis dió la orden de marcha a su escuadrón improvisado, y quedóse rezagado hasta que ante él hubo pasado el último de sus jinetes. Entonces dirigió su caballo hacia el Pirata Negro.

—¿Os llaman Carlos Lezama?—preguntó.

—Así respondo porque es mi nombre verdadero.

—Tengo para vos una misiva. Aunque vuestra descripción correspondía en un todo con la que de vos me hizo Jarnac de

Lesperruy[3], no pensaba cumplir lo que me pidió, ya que me justiprecio en más valor que el de servir de enlace para un pirata.

—Bien servisteis de lacayo a un asesino—replicó Lezama con indolencia—. Hay piratas que se sentirían deshonrados comparándolos con André Desmarets.

Duplessis tiró al suelo un papel doblado que extrajo de su casaca, y, picando espuelas, se alejó a todo galope tras la nube que camino de Veracruz señalaba franca huida de los jinetes.

—¿Qué os parece la prudente actitud de Duplessis, Lezama?—interrogó amablemente Assolant—. ¿Por qué os ponéis en pie?

—Simple respeto a vuestras canas. La prudente actitud de Duplessis me parece eso…, una prudente actitud.

—Digna de ser imitada, a mi entender.

—Soy más corto de alcances y tengo por costumbre atender sólo a mi propio convencimiento. No veo razón para que me confundáis con un adocenado Duplessis.

—No podría cometer tal error, porque somos hermanos, Lezama. Como tal te aconsejo que me dejes el campo libre. Quisiera que contemplases con detenimiento las arrugas que surcan mi rostro y las nieves que se han condensado en mi cabeza. ¿Has visto muchos piratas llegar a mi edad?

—No he parado nunca mientes en los años que puedan cumplir los que tú consideras nuestros hermanos.

—Si llegué a viejo es porque me distinguí por una extremada prudencia.

—Haber elegido entonces la profesión de que atribuiste de mercader buscador de agua.

—Me apena ver que no quieres prestar oídos a mis sanas advertencias. ¿Ves aquel bergantín? ¿Ves su…?

—¿…borda de estribor?… La veo. Y también veo que es lástima que, después de tanta prudencia como has desplegado a lo largo de toda tu vida, te expongas ahora a terminar bruscamente como cualquier jovenzuelo atolondrado al estilo de André Desmarets.

Assolant, mesóse la barba meditativo.

—Oí mentar tu gallardo menosprecio de los más elementales instintos de conservación. Si quieres combate, debo advertirte lealmente que llevas el naipe malo.

—No quiero guerra ni juego al naipe. Pero menosprecias tú

también la corpulenta adiposidad de tu volumen. ¿Quién fallaría un blanco tan seguro?

—André Desmarets falló…

—Ese consejo sí lo tendré en cuenta, Assolant…, para no fallarte. No cruces las manos sobre tu blusón, porque me obligas a apoyar las mías sobre mi faja.

—A fin de cuentas, hermano: ¿puedes decirme por qué ostentamos retadores ademanes impropios de nuestra experiencia?

—Tú los iniciaste. Yo ningún mal te deseo mientras no te sientas inclinado a aconsejarme. Me basto solo para andar por el mundo, y aunque reconozco tu superioridad en años, hombres y barco, no por eso has de sentirte fraterno conmigo.

—La juventud siempre es ingrata. Si respetas mis canas, ¿querrás decirme a qué viniste por esos parajes?

—Fué casualmente, pero me intrigó André Desmarets. ¿No era ése el nombre también de un hermano nuestro que fué aliado tuyo en el saqueo de Panamá?

—Conoces un episodio que ocurrió en años en que tú andabas sorbiéndote los mocos.

—También conozco el hecho de que Desmarets padre tuvo más éxito que su hijo al intentar engañarte. Y se esfumó con un botín. ¿Andas acaso ahora tras él?

—¿Qué es lo que te hace suponer tal infundio?

—Suponer es para mí grata tarea. Y más cuando un hermano de toda tu categoría desciende hasta desear con tanto fervor quedarse a solas en una bahía desértica donde ampliamente cabemos los dos.

—¿No te dije que busco un manantial subterráneo? Nada más que eso. Si piensas otra cosa, me descubrirías nuevos horizontes. Para darte una prueba de tu infundada suspicacia, estimaré en toda su atenuante tu gallarda juventud y me retiraré a mi bordo. Libre quedas de permanecer en esa desértica comarca.

—Gracias por tu generosidad, Assolant, que soy tan obtuso y de tan romo entendimiento que no sé apreciar en todo su valor. Largos años sigas disfrutando los frutos de tu experiencia prudente.

—Quisiera poderte desear lo mismo. ¡Costaud!…—ordenó Assolant—. Por cada siete hombre que retire a tiro de pistola el Pirata Negro, retira diez de los nuestros. ¿Estás de acuerdo, hermano, en este equitativo método de despedirnos?

—Perfectamente de acuerdo.

Diez hombres quedaban junto a la última lancha del bergantín, cuando Costaud flanqueó a su jefe.

“Cien Chirlos” avanzó y efectuó la misma operación.

—¡Adiós, Pirata Negro! — saludó Assolant.

—¡Adiós, Assolant!

Dió dos pasos Assolant y giró la cabeza mientras se mesaba la barba.

—¿O nos decimos hasta la vista?— preguntó amablemente.

—Nos lo diremos si nos vemos.

Assolant marchóse meneando la cabeza con gesto apenado.

—Esa juventud de hoy en día no podrá nunca peinar canas — comentó al entrar en la lancha, pero su voz fué lo bastante alta para llegar a oídos del Pirata Negro.

Las primeras sombras del crepúsculo se enseñorearon de la bahía...

Capítulo IX

Conciliábulos y cebos

Duplessis, cuando los caballos se hubieron internado en el espesor de la selva, que a treinta leguas de la Bahía de los Tiburones continuaba ya permanentemente hasta Veracruz, dió la orden de alto.

Y con frases concisas de soldado fué exponiendo los hechos a su modo de ver:

—Jugarse la vida a diario por un pedazo de pan y un vaso de vino, ni es vivir ni es apostar. Oídme bien: en la colina hay un tesoro que nos quitará de miserias para siempre. Entre la riqueza y nosotros se interponen dos piratas que, manteniéndose en guardia mutuamente, nos facilitarán el acceso.

—¿Cómo sabéis que hay un tesoro en la colina?—interrogó un jinete—. Nada de esto habló el joven Desmarets.

—Habló de templos aztecas en las cumbres y de que sabía el camino más seguro para llegar a ellos sin gran daño. Pero he ido viendo que nos engañó. Primero, la muerte del barón y el criado ante la gruta; después, el doble viaje del Pirata Negro, y, por último, la llegada del viejo pirata, son más que explícitos. Tenemos a nuestro alcance la fortuna soñada que todos buscamos.

—Y dos centenares de piratas persiguiendo lo mismo.

—No lo discuto. Aquí bifurcan nuestros caminos. Hacia el Norte está Veracruz, su vaso de vino y el pedazo de pan. Hacia el Sur está quizá la muerte, pero también un tesoro. Recibisteis todos la soldada que el barón pagó con su último dinero. Libres sois de compromiso. Yo no puedo dar soldada. Puedo sólo afirmar que a partes iguales iremos en el reparto de lo que encontremos.

—La guadaña de la muerte.

—Es guadaña que siega por igual al cobarde como al decidido. Al Norte, los temerosos; al Sur, los que echen el dado a la mayor postura.

Quince hombres galoparon rienda suelta hacia Veracruz; los restantes se agruparon tras el caballo de Duplessis, quien, elevándose sobre los estribos, oteó el horizonte haciéndose visera con ambas manos.

—De la bahía está zarpando el bergantín...

—También hacia el Norte singla el velero del Pirata Negro...

—¡Hurra!—gritó, enardecido, Duplessis—. Reventad las bestias, pero hemos de aprovechar el que los dos piratas se vigilan mutuamente.

Desenfrenadamente galoparon cuesta abajo los treinta y cinco jinetes en pos del jubiloso Duplessis.



Assolant terminó de mesarse la barba para acariciar suavemente su larga trenza, que fué repiqueteándola contra su pecho. Costaud, de pie ante él en el camarote, aguardaba los resultados de los manejos capilares de su jefe.

—Nunca me cansaré de repetir que la juventud es imprudente, Costaud. El Pirata Negro vino con sus hombres por la vereda norteña. Puede muy bien tener anclado su velero en zona sur, pero como eso será lo que pensará que yo he pensado, démos casi por cierto que está anclado en paraje norteño. Estimo prudente levar anclas.

—¿No regresará el Pirata Negro aprovechando tu ausencia?

—Hay ausencias de todas clases, Costaud. La noche siempre ha sido propicia a ayudar los planes madurados prudentemente. Si ahora zarpamos hacia el Norte y nos mantenemos a suficiente distancia del velero del Pirata Negro, lo mantenemos al pairo acechándonos.

—¿Por qué no atraerlo y cañonearle?... Desaparecido quedaría ese estorbo.

—Al calificarlo de estorbo, no le haces justicia, Costaud. Un estorbo nos irrita, pero el Pirata Negro me ha dado dolor en las venas. A mi edad no puede latirme la sangre tan aceleradamente como las palabras insolentes de ese mozo han incendiado mi pulso dando inusitada velocidad a la linfa que de costumbre navega bajo

mis endurecidas capas venosas. ¿Cañonearle? Me temo que sólo cañonearíamos su velero con algunos pececillos; pero la carnada es exigua. Es más que probable que nos coloque el anzuelo de su velero ante los ojos, fiando en su maniobrera agilidad, y, mientras corriéramos pesadamente tras él, se dedicaría bonitamente a excavar mis bienes y llevarse también cuanto pudiese del inagotable manantial subterráneo que he encontrado esa tarde.

—Creo comprender. Levará anclas el bergantín con la mitad de la tripulación, y la otra mitad... Pero en tierra no hay dónde ocultarnos.

—Mira por la lucarna. ¿Ves los negros nubarrones que alocadamente corren? ¿Son amigos o enemigos?

—Lluvia anuncian, pero también velarán la luna.

—Los elementos ayudan siempre al hombre prudente, Costaud. Pero hay que ayudarles a ellos no escatimando sus ofertas generosas. Pueden cansarse si empleáramos torpemente sus dones...



El Pirata Negro señaló a Diego Lucientes la estéril lucha con la que la luna pugnaba por asomarse entre la tupida maraña de negros nubarrones.

—La colina recibirá visita esta noche. Y, sin embargo, a lo lejos resplandece todo el velamen extendido del bergantín que viene hacia nosotros. ¡Rumbo Norte, "Cien Chirlos"! ¡Siempre a tiro de cañón del bergantín dándole banda!

Diego Lucientes hizo un cálculo mental y tosió, interrogante.

—¿Se te atraganta ahora la espina azteca?

—Pensaba, jefe, que dando banda a tiro de cañón es tentar al prudentísimo Assolant.

—Tiro de cañón es la distancia a la cual precisamente el cañón no puede llegar con efecto. Tiro de cañón es la distancia a que me coloqué esta tarde voluntariamente mientras charlaban en la gruta Assolant y Desmarets. Tiro de cañón es la distancia desde la que aprecié la rígida atención con la que de pronto Assolant cesó de mesarse la barba para fascinar un punto fijo en el suelo a su lado. Y cuando descendió a matar a Desmarets, fuí a interesarme por el punto que había despertado en él tan repentina rigidez. Una ranura: la ranura que da escasa luz solar, pero la suficiente para que los aztecas cuenten su calendario especial. Y la suficiente, también,

para que a vista de pájaro los pájaros perciban la cantidad de oro acumulado en el interior de la capilla.

—Ahí es donde cabe decir la frase de Assolant de que la juventud es imprudente. Y, sin embargo, los aztecas viven desde hace siglos.

—Pero no pudieron prevenir que un asesino, desplazando piedras para simular un accidente, sacara a flote el hábil dispositivo de la ranura. Ni tampoco pudieron prevenir que otro asesino, mientras planeaba el remate final de su labor, se sentara precisamente junto a las piedras removidas.

—Presiento que el secreto de la colina ha dejado de serlo.

—Tú y yo no hemos de hablar. Y me temo que Assolant no podrá contarlo porque Tezcuco oirá la voz de Vitciloputchli.



Duplessis contorneó la colina a todo galope de su caballo. Consideraba ya innecesarias las precauciones, puesto que en el mar, aunque sombrío, era visible la blancura de las velas de dos barcos que navegaban manteniéndose a igual distancia.

Desmontó ante la gruta en que habían hallado la muerte el barón y Riquet, y, aunque cegado ya por la proximidad de lo que estimaba su gran ocasión, se impuso en él un resto de cordura.

—No debemos exponernos a que nos cacen incautamente. Con cinco en cada gruta bastarán. Los veinte restantes, distribuídos entre las dos vertientes sur y norte de la colina y la playa.

—¿Para qué esas precauciones inútiles?—rezongó una voz en la obscuridad—. ¿No están ellos en el mar?

Todos los jinetes habían desmontado y estaban ya ansiosos de empezar las excavaciones.

—Tened presente que esos piratas son fértiles en toda clase de artimañas. Y pueden sobrevenir inesperadamente—advirtió Duplessis.

—Yo no pienso perder el tiempo vigilando sin necesidad...

—Ni yo tampoco. Porque mientras...

—¡Eso es!—gritó uno—. Mientras vigiláramos, os escurriríais vosotros con lo que encontraseis...

Duplessis intentó en vano imponerse. Sus objeciones fueron rechazadas por una desconfianza común y mutua, e instantes después, desordenadamente, los hombres se repartían por las tres

grutas.

Con febriles ansiedades encendieron antorchas, y unos empleando los puños y otros rompiendo sus espadas por la mitad para usarlas a modo de estrechas palas, fueron lacerando el suelo...

Duplessis contagióse de la efervescencia de los otros, que codo a codo y arrodillados en el suelo sudaban copiosamente, prodigando sin cesar el puñaleo, que iba levantando una neblina polvorienta que velaba los contornos difuminando la visión.

Varios puñales se hundieron a la vez en el cuerpo de André Desmarets, y, ajenos a la macabra exhumación, prosiguieron ahondando. De pronto, tres voces gritaron a la vez, seguidas de otras...

Los puñales chocaban con una resistente oposición metálica...

En los tres umbrales de las grutas por los que salía una nube de polvo fueron pegándose a la pared, junto al arco natural, los cañones de múltiples mosquetones...

Echados en el suelo, arrodillados y en pie, tres grupos de piratas tomaron cuidadosamente puntería, y fué casi un susurro paternal el que murmuró:

—¡A discreción!

Una serie continua de estampidos resonó en el cóncavo recinto de las tres grutas... Los ayes de dolor y las imprecaciones de furor de los sorprendidos fueron ahogándose en medio del estruendo del fuego de la mosquetería...

Las tres grutas quedaron ahumadas por la pólvora, que, mezclándose al polvo, formó una densa niebla que, brotando de los umbrales, fué poco a poco desvaneciéndose y mostrando el interior, donde sobre el revuelto suelo los cadáveres de todos los componentes de la expedición mandada por Duplessis yacían en apiñadas y lúgubres posturas...

Los caballos, al oír las primeras ráfagas de disparos, iniciaron una desbandada en varios sentidos, perdiéndose en la lejanía a todo galope... Sólo una docena, aunque encabritándose y piafando con relinchos atemorizados, quedáronse estrechamente confundidos en grupo, belfos contra belfos en redondel...

Assolant se mesó la barba contrariado cuando hubo terminado de examinar a la luz de las antorchas la identidad de los cadáveres. Volvióse hacia Costaud, a quien tomó por testigo.

—Nunca creí que Duplessis desobedeciera a los sanos consejos de la prudencia. Cuando nos aproximábamos, confiaba aún en que el Pirata Negro y los suyos hubiesen pedido, amablemente prestados, los caballos a Duplessis y su gente, pero tengo que lamentar que por esta vez el Pirata Negro me ha decepcionado. Todos esos imprudentes sin vida forman los codiciosos ladrones de Duplessis. En parte debemos agradecerles que nos han mostrado gentilmente el emplazamiento de los cofres de Desmarets.

Assolant y Costaud salieron al exterior de la gruta. Cincuenta piratas del viejo Assolant recargaban sus mosquetones.

—Todos vosotros extendeos por la playa. Aún no ha hecho acto de presencia el Pirata Negro, pero sería menospreciar, o alabarle quizá, el suponer que no venga. Estad alerta y encender ya la hoguera para que el bergantín ancle y cumpla lo planeado.

Los piratas, tan silenciosamente como habían venido, se fueron.



Los ayes de dolor se multiplicaban

Assolant, en la obscura noche, quedaba con su segundo aureolado débilmente por la luz que brotaba del interior de la tercera gruta.

—Creo que esta vez todas las probabilidades están a nuestro favor, Costaud. El velero del Pirata Negro sigue tentando a mi bergantín, pero ya he conseguido mi propósito. Los que en tierra están suman lo mismo que la entera tripulación del Pirata Negro, y si el velero se atreve a rondar por la bahía será bien recibido. Y

ahora meditemos, Costaud. Hay en las entrañas de esta colina el más fabuloso de los tesoros. Su posesión nos hará los magnates del mundo. Hay una estatua horrorosa desde mi punto de vista artístico, pero enorme en anchura y peso, porque esos salvajes no son tan irrespetuosos como nosotros los blancos, y cuando veneran lo hacen con pulcritud. Puedes dar por cierto que el ídolo que he visto esta tarde es de oro macizo. La línea de flotación de mi bergantín se hundirá mucho cuando en las calas se sienta el peso de cuanto se halla ahora en esa ciudad subterránea. Había oído hablar de algo parecido, pero siempre creí eran imaginaciones.

Costaud siguió a su jefe hasta el umbral de la tercera gruta. Assolant señaló las tapas de cinco cofres que se clareaban entre los cadáveres y la tierra revuelta.

—Comparado con lo que hay aquí dentro—y dió un leve taconazo—esos cajoncitos son bagatelas para negros.

—El botín de Panamá es suficiente para enriquecer a miles de hombres—dijo ávidamente Costaud.

—Que no te ciegue el inmundo deseo de bienes terrenales—aconsejó puramente Assolant—. Al aceptar los obsequios de los aztecas no pretendo solamente convertirme en el hombre más poderoso de toda Francia, sino también evitar el paganismo. En Francia, con comprarnos algunos castillos después de conseguir que nos nombren corsarios para obtener el título nobiliario, que es lo único que le envidio a Morgan, habremos cumplido nuestra misión en la tierra.

—¿Por dónde iniciaremos el ataque contra esos salvajes topos?

—No seas nunca presuroso, Costaud. Conozco la madriguera, pero no conozco su entrada. Para eso, sentándonos en el confortable y animador sostén que nos ofrecen los cofres, podremos meditar.

Assolant fué pisando cadáveres aún calientes hasta sentarse sobre uno de los cofres. A su lado lo hizo Costaud.

Y el viejo pirata mesóse pensativo la venerable barba.

—No cabe duda que el pensamiento bien administrado es el mejor de los instrumentos. Hay que encontrar la vía de entrada a la madriguera pagana de esos salvajes. Meditemos.

En el umbral de la gruta resonó una alegre carcajada.

—Yo te ayudaré, Assolant.

Y el Pirata Negro, apoyadas las dos manos en las culatas de las

dos pistolas que se cruzaban en su faja, examinó sonriente a los dos hombres, que, rodeados de cadáveres y de tierra revuelta, estaban sentados en las tapas de sendos cofres medio desenterrados.

Capítulo X

La voz de Vitciloputchli

Assolant devolvió amablemente la sonrisa, aunque, para quien como Costaud le conociera a fondo, era visible la intensa cólera que sacudía al viejo pirata, cuyos labios, por entre la maraña barbuda, presentaban una azulada lividez.

El Pirata Negro dió un paso hacia delante y tras él entró Diego Lucientes, que con burlona cortesía levantó unos centímetros su tricornio.

—Estáis muy bien así sentados, Assolant—advirtió el Pirata Negro—. No vengo en son de guerra. Vengo sólo a hacerte oír la voz de Vitciloputchli.

—¿Posees el don de la propiedad de la alfombra volante? Tú y tus hombres, ¿por dónde habéis venido?

—Tenías razón al llamarme imprudente. Muchos habríamos llamado la atención; sólo dos pasan desapercibidos. Mientras jugábamos con nuestros barcos al “alcánzame, que no me alcanzas”, dejé el mando en “Cien Chirlos”, y con una lancha, aprovechando la ausencia de mi amiga la luna, tomé tierra para venir a hablar contigo.

—¡Qué imprudente! — se lamentó Assolant, cabeceando con expresión de reproche—. ¿Sólo sois dos?

—Uno y medio—dijo el estudiante, mostrando su brazo cercenado.

—Cuando hablan los jefes, enmudece la morralla dijo severamente Assolant—. Está mal enseñado tu hombre, Pirata Negro. Tiemblo al pensar lo que hubiera ocurrido si os llegáis a tropezar con mi morralla, que, por suerte para vosotros, he mandado a bordo. Y vinimos solos Costaud y yo, para meditar sobre

la fragilidad de las vidas humanas. Tanto cadáver por míseras piedras que brillan con destellos amarillos… Pero, ¿dime cómo pudiste llegar aquí desde la playa?

—Llegué antes que vosotros, Assolant. Presencié los principios de excavación del imprudente Duplessis, y empleé el único recurso posible en terreno tan liso. Deshice cuatro riendas y, formando una correa, fuí atando entre sí los frenos de diez caballos, que en círculo y unidos, por los hocicos me dieron un protector escondrijo.

—Gracias por la enseñanza, muchacho. Hasta hoy nunca había desconfiado de tan noble bruto, pero nunca es tarde para aprender. ¿Y qué viniste a decirme? ¿Puedo confiar en que no vienes en son de guerra como afirmaste?

—Me duele pensar que un hombre tan respetable como tú sucumba como el más imprudente de los aventurerillos. Eres Assolant, el gran jefe pirata, y tus huesos no pueden calcinarse en el interior de un templo azteca. Esa es la voz de Vitciloputchli.

—¿Algún ídolo pagano?

—Ese antiestético montón de oro macizo de que antes le hablabas a Costaud. No pude evitarme el escucharos. Desiste, Assolant; haz caso de mis palabras. ¿No te bastan esos cinco cofres? Hallarás la muerte en el templo azteca…, y sería muerte menos digna que la que yo podría darte yendo en pos de tu bergantín y los cinco cofres.

—Quisiera creer que tu consejo es sano y amistoso—dijo Assolant, mesándose la barba y fingiendo meditar.

—Pero soy tan suspicaz, que me creo que deseas que me vaya para tú visitar a esos aztecas topos. Perdóname por las dudas que me asaltan.

—Vete, Assolant; ese es mi consejo. Que te basten esos cofres y no busques el ofrecer tu corazón al ídolo de oro. Como no quiero presentarte la espalda, te brindo la salida.

Assolant colocó como por descuido una mano encima del brazo de su secundo, presionando intencionadamente…

—Obedeceré tu amistoso consejo. Al fin y al cabo, tienes razón. Dejemos a esos salvajes con sus ritos. Cada cual es libre de vivir como quiera.

—Por eso es por lo que te he hecho oír la voz de Vitciloputchli.

Assolant, dando la espalda a la pared opuesta a la que se

hallaban el Pirata Negro y Diego Lucientes, fué deslizándose hacia la salida acompañado por Costaud.

—Gracias, Pirata Negro. Espero pronto devolverte el favor.

Mientras el viejo pirata iba escurriéndose hacia fuera, con la mano izquierda tras la espalda el Pirata Negro iba tanteando la pared...



Apenas estuvo en el exterior, Assolant dió un salto de lado pegándose a un lado de la salida. Costaud hizo lo mismo al otro lado.

Y Assolant rió paternalmente.

—¡Atrevido mozuelo!—gritó benignamente—. ¡Atreverse a aconsejarme! Dispara al aire, Costaud, para que acudan nuestros hombres. Oyeme bien, Pirata Negro. Si quieres salir hazlo ahora; morirás a pistoletazos, muerte siempre preferible a los tormentos que en mi bordo te esperan si te cogen mis hombres, porque si me haces aguardar a que vengan ellos les daré orden de que te cojan vivo. Soy yo quien te aconseja ahora en tu propio bien.

Aguardó unos instantes y al no obtener respuesta volvió a reír.

—¿Se te acabó la labia, Pirata Negro? Mi bergantín estará ya anclando y con barriles de pólvora encontraré pronto la entrada a esa topera. Esos pobres salvajes se asustarán ante los blancos barbudos que escupen fuego, pero...

Esa fué la última palabra que oyó el Pirata Negro antes de desaparecer tras la pared giratoria.

Assolant siguió hablando y mofándose del “imprudente jovenzuelo que ahora había perdido la lengua”...

✲ ✲ ✲

En la plataforma inferior de la vasta capilla, el Pirata Negro contempló la suntuosa caverna desierta, refulgente de oro macizo, piedras preciosas y blanquecinas calaveras.

—Triste cosa es que quieran impedir que esa gente viva en paz, estudiante. Es preciso que Vitciloputchli hable.

Entrechocando las manos dió tres sonoras palmadas. Las repitió al cabo de un instante.

Por las cuatro puertas de oro fueron saliendo los seis sacerdotes y Iolo primero, que prosternados aguardaron la salida de Tezcuco.

El Grande y Sagrado Rey tlasazteca elevó las palmas hacia lo alto, mirando el horrendo rostro diabólico del ídolo.

—Habla, mensajero de Vitciloputchli—dijo majestuosamente.

—Tus mortales oídos habrán percibido los hondos ruidos con los que en las grutas de la colina los blancos se estaban matando entre sí. Dos centenares de blancos, guiados por el demonio de la Ambición y la Codicia, vienen dispuestos a violar tu templo, mancillando el puro símbolo de tu paz. Vitciloputchli me manda para ordenarte que esperes en pie de guerra la invasión sacrílega.

—¿Qué quiere Vitciloputchli que yo haga?

—Que recuerdes la serpiente y de ella te valgas. Si mandas a tus hombres al exterior, las armas de fuego infernales de los blancos os exterminarán. Déjalos entrar si posees entrada que te favorezca.

—Mi gran sacerdote Huitzi ordenará a nuestros súbditos que preparen la entrada de las serpientes, y ninguno de los blancos volverá nunca a pisar suelo terrenal. Honradme, mensajeros, con vuestra compañía.

Los seis sacerdotes descendieron la escalera, perdiéndose por distintas salidas. En la plataforma alta, Tezcuco, sentado en la concavidad del ídolo colosal, admitió que Iolo, sentada en el suelo a sus pies, apoyara la cabeza en sus rodillas.

Los infantiles ojos habían perdido toda su crueldad y miraban extrañados y reverentes a los dos piratas.

—¿Puedo saber cuáles son las medidas que has tomado para evitar que tu serena paz sea turbada?—preguntó el Pirata Negro.

—Varios de mis súbditos llamarán los ojos de los blancos atrayéndolos hacia la entrada de las serpientes. Es una estrecha plataforma suficiente para que en ella entren diez hombres de frente. Pero su suelo es falso y se desploma a voluntad sobre una cavidad donde las más venenosas serpientes anidan.

Diego Lucientes se estremeció al ver la sincera candidez con la que Tezcuco exponía crueldades que le parecían muy naturales.

—Y será un gran sacrificio ofrecido en honor a Vitciloputchli, que por tus labios me ha advertido, aunque debo decirte que todos mis súbditos vigilaban ya los los movimientos de todos los blancos. Un centenar de ellos han salido en las barcas negras; las barcas planas y cubiertas por lienzos negros, que, saliendo del estanque al mar, se deslizarán si ser vistas hasta el gran barco que el blanco

barbudo con nieve en el cabello ha hecho flotar en la bahía.

El Pirata Negro aguardó, brazos cruzados, mientras Tezcuco acariciaba la cabecita reclinada en sus rodillas. Diego Lucientes empezaba a impacientarse... Pasaron minutos y más minutos...

Tezcuco seguía hierático e inmóvil. Sólo su diestra se movía recorriendo suavemente la curva dócil de la infantil cabeza.

Pasó quizás un cuarto de hora, y, al fin, los seis sacerdotes vinieron a postrarse ante Tezcuco. Iolo habíase separado...

—Cumplióse el mandato de Vitciloputchli—dijo Tezcuco elevando las palmas de sus manos—. Todos los blancos, a cuyo frente iba el barbudo de blancos cabellos, han muerto mordidos por las serpientes y su barco está en esos momentos siendo pasto del fuego purificador.

El Pirata Negro miró por última vez la linda figurilla de Iolo.

—Adiós, ¡oh, gran rey! Continúa viviendo en la serena paz de tu retiro.

—Que Vitciloputchli te proteja siempre.

* * *

Cuando Diego Lucientes hallóse de nuevo en la gruta después de que una escolta de aztecas húboles acompañado cerrando de nuevo la pared giratoria, emitió un suspiro hondo.

—Hay allí dentro el verdadero tesoro de los Nibelungos—dijo.

—Hay el mejor de los tesoros; vida serena—replicó el Pirata Negro.

—Pero se comen los corazones y reparten las serpientes como si se tratara de jugar al “mus”.

—Es en ellos tan pura fiereza como la incruenta furia de los animales de la selva. La única crueldad es la malvada codicia de los hombres que desean turbar la paz de su abstracción, que la merecen por aislarse de las vanas pasiones humanas.

—Yo no puedo abstraerme de ojear esos cofres, jefe — dijo Lucientes—. ¿Cuándo volveremos a por ellos?

—Nunca. Si, pese a mis consejos, Assolant murió, me parecería que llevándome esos cofres yo cobrase una recompensa. Por todas las muertes que han costado, son oro trágico. Vámonos.

—Es una fortuna...—bisbiseó pesaroso Lucientes.

—Rechazaste tú veinte mil onzas de oro por tu brazo. ¿Voy yo a ser menos que tú? Hasta hoy nunca le serví de “correveidile” a

nadie, y aunque haya sido el “correveidile” del dios de la guerra Vitciloputchli al Grande Tezcuco, no me ha encantado el mensaje. Por eso, para que siempre pueda conversar sin reproche con el espíritu de Assolant, estos cofres seguirán sin dueño.

Instantes después, el Pirata Negro destrenzaba la correa que unía por los frenos a los diez caballos, y mientras, en la bahía de los Tiburones resplandecía el bergantín devorado por las llamas, dos jinetes se alejaban a todo galope hacia el norte, donde el velero “Aquilón” les aguardaba.

El secreto de la colina quedaba incólume.

✲ ✲ ✲

En su camarote, el Pirata Negro desdobló el pliego de papel que Duplessis habíale tirado a los pies: la misiva del caballero gascón Jarnac de Lesperruy.

“Desde el puerto de Marsella, a 15 de agosto del año 1699.

“De este puerto de Marsella parte para las Américas el mosquetero Quintin Duplessis. Para vos, hidalgo Carlos Lezama, le entrego esas líneas y le he hecho notar que a veces os da la humorada de responder por el apelativo de Pirata Negro, aunque le he afirmado que nada tenéis de pirata en el negro sentido de la palabra. Parto destinado de guarnición a la isla Roja, la isla de Córcega.

“Si halláis pocas diversiones por la americana tierra, venid. Existe un corso maldito llamado Pietro Fonti... Es alguien que os gustaría conocer. Y, a la vez, mucho me complacería estrecharos la mano, esa diestra como no la hay igual, puesto que fué capaz de igualarme en el manejo de la espada, a mí, que modestamente reconozco ser la mejor espada de toda Europa.

“En Córcega me hallaréis si tal es vuestro gusto, y dad por seguro que el hidalgo Lezama será recibido con todos los honores por el que se precia y estima en gran favor merecer vuestra amistad,

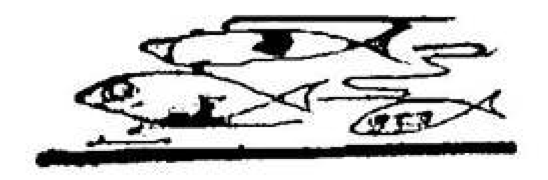
“Jarnac de Lesperruy.”

Dobló la misiva el Pirata Negro y sonriente hizo partícipe a “Satán” de su comentario”

—El excelente Jarnac sigue siempre tan modesto. Y al hablarme de Pietro Fonti, el corso maldito, hace también las veces de “correveidile”, puesto que Vitciloputchli es dios de la guerra... y Jarnac me brinda guerra.

El velero “Aquilón”, obedeciendo a la orden de la rueda manejada por el hercúleo negro Tischli, cabeceaba majestuosamente, alejándose en el horizonte...

Lejos quedaban los surcos blanquecinos de los tiburones de la bahía, y en la desértica tierra caliza erguíase solemne e impenetrable la puntiaguda colina...



Notas

[1] Ver 'Cien vidas por una'. < <

[2] Túnica azteca tejida de soles, serpientes y jeroglíficos que cubría desde los riñones hasta los pies. < <

[3] Ver 'La carabela de la muerte'. < <